

NUNCA IMAGINÉ COLOMBIA

= RELATOS DE JÓVENES EN EL CONFLICTO =

PATRICIA BARÓN — MARTHA LUCÍA JORDÁN — OMAR RINCÓN
EDITORA: MARINA VALENCIA MEJÍA



UNA NACIÓN SENTIMENTAL

ESTE CORRIDO PROHIBIDO LLAMADO COLOMBIA

CATEGORÍAS DE ANÁLISIS

Antes que hablar de la colombianidad, para no perder-nos, unos criterios para comprender el flujo que nos significa, precisiones de eso llamado nación, identidad y cultura. Por identidad cultural, que es el concepto base para comprender la nación, no se pregona una esencia, un ser ontológico, una autenticidad, un estado-nación. La identidad es un lugar virtual¹, el cual nos resulta indispensable para referirnos y explicarnos cierto número de cosas. Por lo tanto, la identidad es un producto de la historia, una construcción simbólica que se hace con relación a diversas marcas como el territorio, la tradición, la etnia, el género y a diversas prácticas y discursos culturales. La identidad es, entonces, una construcción simbólica (producto de la historia) que se hace con relación a referentes (nación, cultura, etnia, color, género). Esto significa que “una identidad es válida, lo que no significa que sea verdadera o falsa”². Entonces, comprender desde el horizonte de la identidad implica referirnos a la diversidad de relatos con que contamos para definirnos como cultura y nación.

La nación es uno de los referentes prioritarios que se han establecido en la modernidad para buscar y construir una identidad cultural colectiva. La nación es, por tanto, un modo reciente de organización social creado después de la revolución francesa y como producto de la sociedad industrial. Después de un largo período en que la nación emergió como una esencia o referencia significativa, su comprensión y significación entró en crisis, en nuestra actualidad la “identidad nacional” es un concepto problemático porque la nación es una producción arbitraria o invención de la modernidad y el capitalismo. La nación indica una “sociedad material y moralmente integrada a un poder central estable y per-

manente, con fronteras determinadas, y a una relativa unidad moral, mental y cultural de los habitantes que adhieren conscientemente al Estado y a sus leyes”³. La nación es, entonces, un procedimiento de poder, que se realiza gracias al capitalismo y la democracia y que tiene como aparatos de construcción del modelo de nación un mercado nacional (integración material) y la escuela primaria, el servicio militar obligatorio y del sufragio igualitario (integración simbólica). “La unificación nacional pasa por la unificación lingüística (necesidad de afirmar la autoridad de una lengua frente a otros idiomas locales), escolar (implantación de las escuelas primarias y luego secundarias), comunicativa (construcción de ferrocarriles, carreteras, en el siglo XIX difusión de periódicos y durante el siglo XX llegada de la radio y la televisión), simbólica (“invención” de la bandera, héroes nacionales, ritos legos de celebración del Estado)”⁴.

Para ser nación había que ser modernos, capitalistas y democráticos, sin embargo, en el Tercer Mundo la nación sigue siendo una utopía, una búsqueda situada todavía en el futuro. En América Latina ha sido posible ser modernos sin, necesariamente, ser nacionales porque el estado-nación es una unidad territorial político-administrativa en el interior de la cual “todos” los individuos serían ciudadanos y la ciudadanía aún no se realizó⁵. El potencial del concepto de nación, sin embargo, está en que representa esa búsqueda de los universos simbólicos llamados “alma colectiva” por Renán o “conciencia colectiva” por Durkheim. Para que la nación exista se requieren relatos fundadores y de continuidad de una memoria común. Relatos que seleccionen, ordenen y asignen sentidos privilegiados a determinados recuerdos de la colectividad (p.e., el florero de Llorente, la ba-

1 Lévi-Strauss citado por Ortiz, Renato. “Otro territorio”. Bogotá: Secab, 1998, p. 51.

2 Ortiz, Renato. “Otro territorio”. Bogotá: Secab, 1998, p. 52.

3 Marcel Mauss citado por Ortiz, Renato. “Otro territorio”. Bogotá: Secab, 1998, p. 52.

4 Op. Cit. Ortiz, 1998: 122.

5 Ortiz, Renato. “Otro territorio”. Bogotá: Secab, 1998



talla de Boyacá o la reciente Constitución de 1991). Este hecho de “escritura” de la memoria nacional, la convierte en un terreno permanente de disputas.

En conclusión, la nación es un universo simbólico (principio espiritual, alma colectiva, conciencia colectiva, conciencia moral, nueva solidaridad, comunidad de destino) que está acotado por:

- Lo territorial (fronteras)
- La integración económica (mercado)
- La unidad lingüística (lengua nacional)
- Lo social (escolar para todos los ciudadanos)
- La política (el ideal democrático como ordenador de las relaciones sociales)
- Lo comunicativo (transporte y telecomunicaciones)
- Lo simbólico (invención de la nacionalidad / fiestas cívicas, desfiles patrios, la bandera, el himno, los héroes nacionales, objetos de culto).

Para nuestro análisis interesa la dimensión simbólica que se preocupa por los mitos y los relatos de nación. En este ámbito la nación como lugar cultural es una “invención” hecha de memorias o relatos ordenados según intenciones ideológicas y potenciales de futuro que hacen que una sociedad se imagine siendo una comunidad y un orden social. Por lo tanto, la nación como universo simbólico es un terreno de disputas, ya que aunque el referente de nación posee el monopolio de la definición de sentido nacional, otras identidades posibles (afros, indígenas, mujeres, regiones...) que están sometidas a este referente único y homogéneo (aunque en la constitución de 1991 se reconoce que somos una nación diversa y pluricultural), buscan su reconocimiento y afirmación. Estos nuevos movimientos de afirmación de la identidad con base en la diferencia sobrepasan la nación, ya que los discursos ecológicos, étnicos, sexuales son fortalecidos con el debilitamiento de los referentes nacionales desde lo local y la gestión globalizada

En este contexto de crisis de los referentes nacionales es

que la nación negocia sus sentidos al reconocer el derecho de las diversidades culturales para pactar su existencia. Esta negociación de sentidos colectivos se establece en un escenario donde lo que se juega es el derecho a la representación, ya que “las identidades participan en un mercado del símbolo de un pluralismo jerarquizado, administrado por las instancias dominantes en el contexto de la modernidad-mundo. (En el cual) las diferencias también esconden relaciones de poder”. En este sentido, hay que asumir que “la imagen de un mundo multicultural y que estaría constituido por un conjunto de voces no es satisfactoria a pesar de la UNESCO, (que) el lema “Unidad en la diversidad” es dudoso a la hora de enfrentar problemas”, ya que aunque lo mestizo y lo sincrético, se venda como símbolo que supera los antagonismos sociales, sólo logran esconder y oscurecer el estallido de diferencias. “La desigualdad puede ser absorbida en tanto diferencia y se anula ante la contribución específica de cada una de las partes”⁶. Entonces, la construcción del somos colectivo expresa una lucha por participar del discurso legítimo de ser nacional, por hacer visibles los sentidos propios.

Ahora, cuando la identidad nacional ha demostrado ser frágil al no convocar hacia una comunidad de sentido frente a los procesos de globalización y la localización del sentido del individuo; cuando se demuestra que la nación está compuesta de diversidad de relatos que generan precarios y efímeros sentidos colectivos; cuando habitamos el estallido de las identidades que integran desde las diversas nuevas sensibilidades que nos habitan (étnicas, género, sexualidad, medio ambiente, jóvenes...); cuando esta inestabilidad es evidente, la figura de la nación pierde su poder de convocatoria. La nación sobrevive, entonces, en cuanto existe como territorio, estado, ley, lengua, educación, sistema de seguridad... pero a su vez, no es homogéneo ni único porque está habitado por diferentes identidades que quieren participar en la construcción del relato simbólico de lo nacional.

Se requiere, entonces, reconfigurar el sentido de lo nacional, al retomar los nuevos modos de representar; los nuevos imaginarios desde los que nuestras sociedades

6 Op. Cit. Ortiz, 1998: 151.

conjurando sus riesgos, desinstitucionalizaciones y fatalismos; los nuevos modos de sentimentalismo nacional. Hay que redefinir lo memorable y lo olvidable. Y sobre todo tener presente que una cosa es ser nacionalista y otra ser colombiano; lo primero es la manifestación ideológica de una orientación política, lo segundo, un hecho de ciudadanía⁷. El horizonte en que hay que reconfigurar la nación como universo simbólico está marcado por⁸:

- Revival de conceptos en desuso como nacionalismo, soberanía, identidad nacional, identidades.
- Regreso abrupto de las certezas llamadas sobrevivencia, trabajo, familia, comunidad.
- La nación se asume como bandera de los excluidos ante el sistema que los excluye.
- Los de arriba quieren cada vez más ser menos de la nación y más de afuera, las masas se sienten más del adentro.
- Aparecen nuevas formas de expresión de nacionalidad como son la violencia, el rencor, la rabia.
- Los Mass Media no crea los nacionalismos, pero sí los sostiene.

El sentido de lo nacional pasa, entonces, por una reconfiguración de lo público que se hace cargo de los nuevos modos de representar, los imaginarios desde los que nuestras sociedades conjuran sus riesgos, las rupturas de la continuidad cultural⁹. La nación se fragmenta para reconocer la pluralidad cultural; el nacionalismo se atrinchera en el habla, en el relajo, en la evocación desmemoriada de tradiciones, en un Estado de leyes frágiles; se reivindica el localismo y el regionalismo; se cree en el pueblo como potencial. A todas estas aparece, una ausencia visible de teorías o explicaciones o modelos de futuro por la creciente desconfianza en la política y se llega a habitar la idea del fracaso de la nación oficial¹⁰.

En conclusión, la nación es un pacto renovado a diario desde lo local, que se vive en la esfera cotidiana y busca la invención de una comunidad de sentido. La nación actual es, entonces, vital pero fragmentada, proveedora de sentido pero sentimental. Monsiváis concluye irónica y contundentemente que habitamos “un nacionalismo popular que es como un happening, una ideología sentimental de lo vivido y lo imaginado; una identidad emocional de adjetivos como somos astutos, creativos, trabajadores; una identidad que se expresa en un gol, una canción, una fiesta, un amor, una indignación. En este horizonte, la nación es una adivinanza, una promesa de empleo, educación, felicidad.

[+++++]

En este estudio, entonces, asumiremos que la nación colombiana está habitada por diversas identidades que producen múltiples relatos para lograr su legitimidad e inclusión dentro de esa comunidad imaginada de sentido colectivo. Así, se buscará en los relatos construidos y en las situaciones observadas dar cuenta de las diversas culturas que constituyen la base simbólica de los jóvenes desvinculados del conflicto colombiano.

En este texto asumimos la reflexión sobre la nación, llamada Colombia, como universo simbólico que es objeto de disputas, disputas que se dan desde los relatos de los jóvenes desvinculados del conflicto; como una “invención” hecha de memorias o relatos; como lucha por participar del discurso nacional; como pacto renovado desde la esfera cotidiana. La idea es analizar esos nuevos modos de construir el relato nacional llamados sobrevivencias, trabajos, familia, comunidad, violencias, rencores, rabias. Se quiere reflexionar la colombianidad como un happening, una ideología sentimental de lo vivido y lo imaginado; la colombianidad como adivinanza.

7 Martin-Barbero, Jesús (coord.). “Imaginarios de Nación. Pensar en medio de la tormenta”. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2001, pp. 7-10.

8 Monsiváis, Carlos. “De la sociedad tradicional a la sociedad postradicional”. En Martin-Barbero, Jesús (coord.). “Imaginarios de Nación. Pensar en medio de la tormenta”. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2001, pp. 31-46.

9 Martin-Barbero, Jesús (coord.). “Imaginarios de Nación. Pensar en medio de la tormenta”. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2001.

10 Monsiváis, Carlos. “De la sociedad tradicional a la sociedad postradicional”. En Martin-Barbero, Jesús (coord.). “Imaginarios de Nación. Pensar en medio de la tormenta”. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2001, pp. 31-46.





[1]

¿de dónde venimos?

hijos del vacío, el aburrimiento, la bronca y el conflicto

Si estás confundida, tienes el trauma de todos nosotros

¿Cuál?

El trauma de todas las personas de la guerra, confundiendo historias

La colombianidad es una memoria producida, un relato que se ha compartido para crear un universo simbólico común de héroes, efemérides, significados. Ese relato nos ha venido diciendo como somos, qué es lo valorable y cuales son los referentes para el encuentro. Somos la patria libertada por Simón Bolívar y sus muchachos, somos la república del segundo himno más bello del mundo, somos las gentes de la malicia indígena, somos la sociedad política con la democracia más estable del continente.

Colombia es percibida por las miradas extrañas, por ejemplo, el colombiano Jean Michel Blaquer del Instituto Francés de Altos Estudios sobre América Latina de la Sorbona¹¹, como una nación donde reina “la espontaneidad, la incertidumbre, que cualquier cosa puede pasar; lo mejor y lo peor”. Esa contradicción se expresa en que aunque tenemos “una gran cultura jurídica” esta contrasta con “otros comportamientos, que se podrían calificar de desinstitucionados, que ignoran la institucionalidad y la necesidad de contar con los demás”; así mismo, se nos reconoce como una nación que ha desarrollado una “capacidad excepcional para afrontar situaciones extremas, siendo al mismo tiempo creativo, recursivo, constructivo e incluso optimista”. Podríamos afirmar que somos creativamente incoherentes, seguimos siendo un enigma para cualquier mirada extraña. El filósofo Gianni Vattimo¹² comenta que “Colombia es un enigma. Lo que hace que la imagen tal vez un poco cruel y parcial que dan los medios norteamericanos tenga audiencia”. A pesar que no nos entienden, Colombia

se afirma en su gente, los sujetos que habitamos esta esquina latinoamericana sacamos la cara por esta nación. “La gente colombiana me gusta más, por ejemplo, que los burgueses acomodados de Norteamérica o de Suiza (porque) cuando viajo por Colombia siempre tengo la curiosidad de un mundo que es vivo, no solamente violento”. Vattimo dice que somos maravillosos porque debe responder a la pregunta más común que realizan los periodistas colombianos a todo extranjero estrella que nos visita. ¿Qué le parecen los colombianos? Nadie va a decir nada negativo de esta raza, sería un acto de poca cortesía. Este populismo de que somos “gente linda, gente bella” no parece coherente con la realidad, porque sino ¿quiénes han construido este país de la incoherencia, el caos y las violencias?

Tal vez, sea mejor atender un relato menos cortés y más contundente que hace otro extranjero, el francés Barón Gros, sobre cómo somos los colombianos:

“Es de una educación exquisita y obsequiosa; se cultivan con él relaciones fáciles y amenas, hasta el momento en que uno comete la debilidad de prestarle dinero o algún servicio, porque entonces se declara enemigo para no sentirse con la obligación de pagar.

Nada denota en sus ideas o en sus sentimientos una noble y adecuada organización; no tiene ningún respeto por sí mismo. Acostumbra a inventar o desnaturalizar los hechos con una facilidad y un desenfado que no es difícil concebir; humilde y sumiso en la adversidad como indolente en la prosperidad, carece de honradez en sus relaciones comerciales y procura engañarse constante y recíprocamente manteniendo las apariencias de la más cordial amistad.

Todo aquí es individual; nadie piensa en la comunidad; no existe el menor espíritu público ni el deseo de ver la patria próspera, si ello implica el sacrificio más insignificante.

Se ha producido lo que hoy contemplamos y lo que no desaparecerá sino por la lenta ac-

11 Blanquer Jean Michel, “Diagnóstico europeo sobre Colombia”. Lecturas Dominicales, El Tiempo, Febrero 8, 2004, p. 4.

12 Vattimo, Gianni. “Los intelectuales tienen que hacer política”. Bogotá: Lecturas Dominicales, El Tiempo, Noviembre 26, 2000, p. 6.

ción del tiempo, cuando las guerras civiles y las revoluciones permitan algún reposo a estas comarcas, cuando vengan otros hombres imbuidos de ideas distintas, cuando numerosas inmigraciones hagan nacer otras necesidades, otros anhelos y sobre todo otros ejemplos”¹³.

Este concepto fue escrito en una carta de este diplomático francés en 1842. Sí, 1842. Esto significa que llevamos 160 años en las mismas, que no hemos cambiado nuestra manera de ser, que la gente bella de esta Colombia somos obsequiosos pero no seguimos normas, somos desorganizados aunque inventivos, carecemos de honradez por mantener la apariencia, sólo nos importa el bienestar individual y no el colectivo, somos tercos y no aceptamos nuevas ideas, somos hijos de la guerra y las revoluciones permanentes. Imposible describir mas despiadadamente pero más certeramente la colombianidad.

García Márquez¹⁴, nuestro definidor cultural, ha llegado a afirmar que cinco siglos después de nuestro comienzo “no acabamos de saber quiénes somos”. Pero nos llega a definir a partir de dos características: la creatividad y el ascenso social. “El don de la creatividad, expresión superior de la inteligencia humana. (Y) una arrasadora determinación de ascenso personal”. Somos la nación que crea pero con el deseo de subir en la escala social, creativos pero arribistas, sumisos en la adversidad pero abusadores en el poder. Nuestras herencias están marcadas. “Del lado hispánico nos viene el ser emigrantes congénitos con un espíritu de aventura que no elude riesgos. Todo lo contrario: Lo buscamos”. Esa herencia se ve reflejada en que ningún colombiano se deja morir de hambre pero también explicaría esa manera de haber sido un país “revolucionario” en cuanto vive de la aventura, la más escabrosa la del guerrero, somos violentos por gen español y no por malicia indígena. Lo cual se confirma en que “lo

inverosímil es la única media de la realidad. Nuestra insignia es la desmesura. En todo: en lo bueno y en lo malo, en el amor y en el odio, en el júbilo, en el triunfo y en la amargura de una derrota”. Así somos, un país sin grises, ni ambigüedades; una nación hecha para la desmesura.

La cultura produce identidad. La identidad se cuenta. Somos como las historias que nos nombran, representan, reconocen, visibilizan. Entonces, somos esos relatos que nos describen, cercanos a la gente bella y a la raza mezquina como hemos sido descritos arriba. Así, nos pensamos en cuanto nos narramos, pensamos en cuanto narramos. La idea, figura, imaginario de nación como lugar de la identidad está en crisis, o ha venido en crisis desde hace más de 160 años, porque no logramos encontrar un sentido colectivo común, ya que aunque habitamos la diversidad de culturas y encontramos multiplicidad de referentes desde los cuales imaginarnos, no es posible los referentes comunes. Ahora, el que no sepamos qué somos, que carezcamos de un mismo proyecto colectivo que nos junte, que no encontremos mitos fundadores como nación no significa que no existan sentimentalidades, relatos, símbolos de nación presentes en fenómenos de carácter cotidiano, abierto y masivo. Por ejemplo, el que propone Cerveza Águila¹⁵, “sin igual y siempre igual”:

“¿Qué somos los colombianos? Que fue un colombiano el que pasó todas las fiestas a los lunes para que los fines de semana fueran más largos. Que tenemos una montaña nevada al lado del mar. Que contamos siempre con el divino niño. Que tenemos dos océanos. Que todavía se puede almorzar bien con \$2,500. Que somos dueños de la vacuna contra la malaria. Que tenemos un volcán nevado. Que en cualquier semáforo se pueden comprar flores. Que tenemos un premio Nobel de literatura. Que

11 Blanquer Jean Michel, “Diagnóstico europeo sobre Colombia”. Lecturas Dominicales, El Tiempo, Febrero 8, 2004, p. 4.

12 Vattimo, Gianni. “Los intelectuales tienen que hacer política”. Bogotá: Lecturas Dominicales, El Tiempo, Noviembre 26, 2000, p. 6.

13 Gros, Barón citado en la Revista Semana (s.r.).

14 García Márquez, Gabriel. “Gabo y el alma Colombiana: Informe de la Comisión de sabios”. Bogotá: Revista Semana, Julio 26, 1994, pp. 44-47.

15 Aviso de una página en el diario El Tiempo, julio 20, 2003.



sabemos cantar un gol con pasión. Que queremos, podemos y no nos da miedo. Que jamás negamos la tierrita. Que fabricamos dulce de todas las frutas. Que cuando podemos ganar, empatamos. Que no nos varamos ni aquí ni en ningún lado. Que aquí no hay mujer fea. Que apenas se acaba una feria, comienza otra. Que no importa lo que suene, lo bailamos. Que cuando la fiesta ya se pone alegre, no hay nada que la acabe. Que tenemos un presidente con pantalones. Que tenemos la mina abierta de carbón más grande del mundo. Que tenemos a kapax. Que tenemos deportes que nadie más juega como bolo criollo, tejo y rana. Que hacemos un reinado por cada hortaliza que existe. Que somos el único país del mundo que tiene mamoncillo, guama, mangostino, madroño, pitaya y feijoa. Que si pecamos y rezamos, empatamos. Que bastó que se rompiera un florero para independizarnos. Que nuestros platos típicos incluyen cosas de todos los grupos alimenticios posibles. Que según no se sabe quién, nuestro himno es el segundo más bonito del mundo. Que cada vez que nos preguntan que tiene de bueno Colombia, tenemos millones cosas que decir". Aquí tenemos los pequeños orgullos que nos identifican, nada fundamental, todo evanescente. Nos han confinado, los discursos mediáticos y publicitarios a un flujo de relatos, signos, mediaciones, imágenes, lecturas que no terminan por encontrar su estabilidad, que nos devuelve referentes efímeros y frágiles del nosotros como colectivo con potencial de nación. Micro-relatos que no dan cuenta de una nación sino de fragmentos débiles que funcionan como identidad¹⁶.

Somos un cliché. Llenos de triunfos débiles, vacíos de referentes contundentes. "Colombia empieza con C: ci-

clismo, café, cocaína, cumbia y Cien años de soledad. Eso es lo que nos define ante el mundo, y no debe ser así. Colombia es un país que todos los días pasa de la barbarie a la imaginación"¹⁷. Entonces, para saber quiénes somos, debemos asumir nuestra diversidad pero para imaginar colectivos que nos conecten. Requerimos crear un relato nacional. Nuestro compromiso: compartir nuestra voz, construir relato reconociendo la diversidad de otros que nos produce, asumiendo las miradas extrañas pero también la diversidad de miradas nuestras.

Debemos resistirnos a toda fórmula que nos quiere producir sin densidad histórica y sin potencial de futuro. "Este país debe dejar de vivir amargado porque no tiene los grandes mitos históricos fundadores que tiene México o Perú o Argentina. En este sentido escuché a Daniel Pecaú decir una frase espléndida "lo que este país necesita no es un mito fundador, este país lo que necesita es un relato nacional. Lo que este país necesita para encontrarse no es un mito fundador hacia atrás, es un relato nacional hacia adelante, es un relato en el que quepan todos los tipos de colombianos, toda la diversidad de los modos de ser colombianos a los que ya se les dio derecho a existir a partir de la Constitución del año 91"¹⁸. Un relato incluyente, ya que tenemos "un país mucho más diverso geográficamente, mucho más rico étnicamente y mucho más complejo culturalmente que el que nos enseñó la tradición, que el que nos enseñaron nuestros maestros de escuela, y Colombia está necesitando con urgencia un relato sobre sí mismo, más complejo, más rico"¹⁹. Tenemos diversidad de micro-relatos que nos cuentan y dan cuenta de nosotros como fragmentos, pero no es suficiente: requerimos un relato nacional.

Somos una narración, en cuanto somos una nación "acechada por la manía de contar cosas a su manera, de contar cómo fue el mundo y vengarse del pasado"²⁰.

16 Rincón, Omar. "Relatos y memorias leves de nación". Bogotá: Ministerio de Cultura, Cuadernos de nación, 2001.

17 Moreno-Durán, R.H. "La crisis ha hecho metástasis en toda la sociedad. También en la cultura". Bogotá: La revista de El Espectador, Octubre 7, 2001, p. 11.

18 Martín-Barbero, Jesús. "Comunicación, Información y Lenguaje". Bogotá: conferencia dictada en la Facultad de Comunicación y Lenguaje, Universidad Javeriana, Enero 28, 2004.

19 Ospina, William. "No nos podemos seguir avergonzando de ser mestizos". Bogotá: La revista de El Espectador # 68, Noviembre 4, 2001, p. 8.

20 Gómez Jattin, Raúl. "Los demonios de Raúl". Bogotá: Lecturas Dominicales, El Tiempo, Febrero 9, 2003, p. 3.

En ese deseo de comprendernos como nación, queremos adentrarnos en el relato de nación de los jóvenes desvinculados del conflicto armado colombiano. Ahí se evidencia que somos otra nación, una menos cómoda, más problemática que la que concebimos en nuestros textos escolares, nuestro confort bogotano, nuestra sabiduría mediática y nuestra irresponsabilidad de la palabra. Los jóvenes desvinculados del conflicto son uno de nuestros espejos legítimos para reconocernos; mirados en su espejo somos una nación que se ha construido como aburrida, que hereda los odios y se explica desde las violencias.



colombia: país aburrido

Estoy aburrida, estoy cansada. Yo estoy muy aburrida. Por una parte todos esos problemas que yo tengo. Por otra, yo he sufrido mucho. Eso a mí me afecta.

La palabra más frecuente encontrada en los jóvenes desvinculados es “aburrimiento”. Este adjetivo marca no sólo a estos jóvenes, sino nuestra nacionalidad. Aburrimiento significa en los jóvenes “falta de algo que hacer”, pregunta extensiva para usar el tiempo, la mente, los deseos y las emociones. Andamos en busca de algo que nos ocupen en nuestra hiperactividad y necesidad de acción. Sólo producimos sentido en cuanto hacemos. El aburrimiento, tal vez surja del estado de angustia en el que los jóvenes se encuentran, la angustia es “el estado emocional que vive el ser-ahí (el hombre) cuando se enfrenta con el hecho desnudo de estar-arrojado en el mundo. Mientras que todas las cosas singulares pertenecen al mundo, por estar insertas en una red de reenvíos o de significatividad (cada cosa se refiere a otra como efecto, como causa, como instrumento, como signo, etc.), el mundo, como tal, en su conjunto, no remite a nada, es insignificante; la angustia registra esta insignificancia, la gratuidad total que hay en el hecho de que el mundo sea. La experiencia de la angustia es

una experiencia de desarraigo”²¹. El mundo de la vida para nosotros es Colombia, que no remite a nada. Estos jóvenes, como la mayoría de los colombianos, se sienten “arrojados” a una realidad no deseada, ni la de la guerra, ni la de la desvinculación; unos procesos incomprensibles, procesos de guerra y procesos de desvinculación, sin causa ni efecto, sin símbolo ni política. Nada significa, todo es proceso. Así habitamos la angustia, los jóvenes desvinculados se aburren porque habitan el desarraigo. Los colombianos también nos sentimos igual: angustiados, arrojados a una realidad no deseada, desarraigados de un relato o proyecto colectivo. Aunque aplicado para la experiencia estética, se puede asumir que habitamos “una experiencia de extrañamiento que exige una labor de recomposición y readaptación”²². Colombia y el proceso de desvinculación sólo son búsquedas azarosas por recomponer nuestro ser colectivo y readaptación continúa a la implacable realidad de la desinstitucionalización.

Es como una aventura, por ejemplo, uno de este resguardo ve un guerrillero con el uniforme, bien embotado, y mejor dicho con su fusil, y mucha gente queda admirado, como va marchando, y uno se anima, yo también quiero un fusil. Tan bacano ese fusil. El que se va para allá es porque está aburrido.

El país que hemos construido no ofrece opciones para intervenir con sentido la vida de cada uno, mucho menos el colectivo. ¿Pero quién dijo que la vida tiene que ser divertida? Tal vez, los colombianos al no tener un relato de sentido, poco de densidad de pasado no encontramos como significar y sólo somos unos frenéticos habitantes del echar pa´lante. Al ser herederos de la nación moderna, hijos del consumo mediático, habitantes de la diversión como utopía. Colombia ha convertido en ideología el estar siempre entretenidos, estar siempre felices, el aparentar buena imagen. Una encuesta mundial sobre sentido de felicidad que cada nación tiene de sí misma pone a Colombia en segundo lugar como el país donde sus gentes se sienten más felices.

21 Vattimo, Gianni. “La sociedad transparente”. Barcelona: Paidós, 19xx, p. 140.

22 Ibidem, p. 142.



Tal vez, ese es el horizonte que deseamos como nación, o tal vez nos vemos en otra dimensión diferente a la real, el aburrimiento. Si somos una nación que se aburre, esto significa que somos una nación que no encuentra sentido de historia, porque heredamos un vacío significativo pero tampoco de futuro, una nación que nos ocupe y entretenga. Pero, también, nos indica que nosotros solo encontramos sentido en el hacer, el estar ocupado, ya que lo nuestro no es la reflexión. Nuestro aburrimiento crónico se desprende de esa inutilidad que sentimos frente a la vida, en esa manera patética en que nos perdemos por los caminos de la nada, en ese levantarse cada mañana y saberse perdido del universo, en ese que da lo mismo luchar en grupo armado que trabajar para sobrevivir el tedio urbano.



colombia: país en bronca

Mi papá se abrió de mi mamá cuando yo tenía como tres añitos. De pequeñito, él me enseñó a fumar cigarrillo. Imagínese, yo cómo era tan malo. Me dio una totumita de chicha y me dio el cigarrillo. Y yo con eso me emborraché y allí empecé a robarle los cigarrillos a él. Era una cosita de nada, pero era muy pájaro. Ellos peleaban mucho, él le pegaba mucho. Él vendió todo y se gastó todo en trago y en las mujeres. Perdió todo. Quedó hecho nada. Yo jugaba a pistoleros, yo era muy pistolero cuando pequeñito. Uno que no es enseñado a estar pu'ahí humillando a la demás gente y, entonces, mi padrastro me humillaba, un día lo saqué corriendo de la casa porque lo iba a cortar. Se emborrachaba y comenzaba a pegarle a mi mamá. Entonces decidí mejor irme de la casa. Yo le dije entonces que todo bien, yo me voy, pero yo tengo que volver y usted va a tener que pedirme disculpas algún día. Ya le llevaba como la mala a ese man, ya tenía ganas era como de matarlo ¿sí me entiende? Me voy a vengar. Voy a buscarlo. Es que yo con lo que me hizo no me quedo, ni loco.

Esta historia nos presenta a una Colombia que se educa en experiencias de vida nada agradables. Los vicios son incitados desde el agente socializador primario llamado familia. Allí se aprende que tomar, jugar a los guerreros, fumar y pegarle a las mujeres son modos legítimos para ser macho. Nos producen rabiosos y bravos para las que sea. Si a esta herencia, le agregamos que somos hijos de los orgullos facilistas, del no dejársela montar, del vengar las humillaciones, así producimos una disposición heredada para ser guerreros y hacerse valer como sea. Todo se complica más porque humillar es una manera de ser nacional: Siempre hay que abusar del poder que se tiene, bien sea por edad, posición, saber, o lo que sea. Eso crea rencor, rabia, bronca. Nuestra sentimentalidad sólo tiene una ética: el humillar y el vengar. Creamos venganzas de la nada. Uno no debe dejársela montar. Uno debe ser un hombre. Los hombres pegan, fuma, toman y juegan a ser rudos. Somos hijos de la humillación, a unos se les enseña a humillar y a otros a no dejarse humillar. Nuestro sentido está ahí: humillar o no dejarse humillar. Así, se crea una moral simple y evidente: tener dignidad, ser orgulloso, no dejársela montar de nadie. Recibimos una herencia de la fuerza y la irresponsabilidad como mecanismos de sobrevivencia. La ley del más fuerte es la que dirime todos los conflictos. Nuestras frustraciones de país las diluimos en alcohol, nuestros deseos de ser alguien en la vida los construimos sobre humillaciones, nuestras decisiones las tomamos para poder cobrar venganza, poder para humillar a otros. Un país del diente por diente, ojo por ojo, muerte por muerte.

Nosotros fuimos muy sufridos. No nos daban comida. Eran borrachos, nos maltrataban y todo. Un domingo me vine por ahí y como que el diablo me traía más bien y me fui. Es que en ocasiones la pobreza que ha generado el gobierno hace que muchas personas tomemos decisiones como la que hemos tomado miles de colombianos. Yo lloraba y lloraba. Me daba desesperación. Después de unos días ya me tenía que acostumbrar, yo pensaba que ese iba a ser mi destino y que yo no podía detener eso.



colombia: país en conflicto

¿Por qué hacemos lo que hacemos? No se sabe. En Colombia no somos responsables de lo que nos pasa, es pura cuestión del destino. Nuestro destino se produce en forma de exclusión social, marginación, pobreza, desespero que nos lleva a acometer acciones que nunca nos habíamos imaginado. Un país impulsivo, de reacción inmediata, de decisión rápida, de soluciones instantáneas. ¿Por qué? Porque así es la vida, que uno tiene que seguir, “y así es la vida la que nos muestra el camino que debemos recorrer...”. Un país que se explica porque sí. Un país que se construye de manera pasiva, no tiene a nadie por responsable, nadie asume sus acciones. Un país que obliga a que sus jóvenes se vayan a vivir la guerra, la utopía de fusil, la emoción de uniforme, la verdad de la plata fácil. Un país que nos obliga a vivir en un destino que no sabemos como nos llega, que a su vez nos perdona porque ese destino no fue elegido, somos hijos de un destino.

A mí me sacan la piedra y como que comienza la sangre a hervir y como que me provoca acabar es con todos. Yo mantengo berriondo todos los días.

En Colombia nos han enseñado que lo que uno siente no lo dice, que lo fundamental pasa por dentro, que no debemos dejar ver nuestras reales intenciones. La vida que nos tocó vivir, no nos gusta, ese destino no lo entendemos, el sentimiento que tenemos es que no es justo lo que nos pasa. Tenemos mucho dolor, odio, pero sobre todo andamos bravos con la vida. Nuestra rabia es enorme y no sabemos como desfogarla, no encontramos medios lícitos para hacernos visibles. Así surge una de las características más enigmáticas de nuestra colombianidad como es el mal genio, andar bravos y vivir en la rabia. Por lo que nos ha tocado, nos vamos llenando de rabia, una tan grande que cuando explota no sabemos encauzarla. No encontramos caminos civilizados para expresarnos más allá del golpe, la bala y el odio. En un país en el que no acostumbramos a decir, el silencio es explosivo, las armas permiten la existencia y el sentido.

A la edad de uno le gusta divertirse. Mi decisión fue un acto de loquera, mi ida allá no fue decisión mía, no fue de pensar, sino fue de un momento a otro, se dio, se dieron las cosas. Yo me fui para allá porque me dejé llevar de la ira. También, me dejé llevar de las malas compañías. Siempre me ha gustado ir a diferentes partes, conocer, y a mí la pasión favorita mía era irme. Entonces, yo dije vamos a ver por allá, a ver. Me gustaba, eso sí pa´ qué. No sé yo por qué diablos me gustaba eso por allá. No era por nada en especial, sino la vida... porque uno estaba engallada, uno participaba en las actividades: juegos, ir a hacer mandados, caminar. A veces me recuerdo de mis amigos, los que quedaron allá, los que mataron, los que se querían venir, los que estaban aburridos de tanto sufrir, los que se acordaban de la mamá y se ponían a llorar. Algunas veces llorábamos en junta.

En esa búsqueda del sentido y desaburrimiento para llenar la vida diaria, nos encontramos con que hay que luchar por ser alguien en la vida, ojalá por medios lícitos, sino ser alguien como sea. A las buenas no entendemos, tal vez a las malas sí. La idea es pasarla bien. Vivir intenso, divertirse y morir rápido. No hay mucho que perder, el horizonte no tiene utopía, la situación es desapacible. Entonces, hay que buscar los modos de matar el tedio. Divertirse es una manera de meterle sentido a ese significativo vacío. Otra, el valor de la amistad. Somos deficitarios de afecto. No encontramos los modos de querernos. No sabemos ser débiles, no nos permitimos existir desde el sentimiento. Lo patético es que andamos en la búsqueda de un abrazo, una comprensión, alguien que te diga que importas. Todos nuestros esfuerzos explicativos como colombianos están llenos de motivos emocionales, no tenemos razones para explicarnos. Somos tiernamente tercos, serios, machos; sólo sabemos habitar el afecto en la vivencia, no la podemos convertir en palabra. Decir los afectos no es posible, solo se les extraña cuando no están o sólo



se les busca cuando no lo recibimos en la vida diaria. La amistad es un horizonte para obtener sentido, divertirse es la meta de vivir. Para divertirse, basta la aventura, la plata y un fusil. El sentido que más llena el vacío es la plata y ojalá un amigo.

Nos gustaba la vida fácil. Uno quería trabajar pero por aquí es berraco que a uno le den trabajo; le dan trabajo por un día, tres mil pesos, y el resto de la semana nada, así uno para comprar ropa, nada. Fui a ver si conseguía trabajo en una finca y ya iba a hablar para ver si me daban trabajo cuando llegó un paraco y me dijo que si quería trabajar con ellos, que necesitaban gente. Más que todo porque hoy en día la cuestión económica es muy difícil, varias personas empezaron con el hurto, y como no veían la plata muchas personas se integraban a los grupos armados.

La plata es el único recurso que desaburre y asigna sentido en Colombia. La mayoría de colombianos no encuentran que trabajar lleva a ninguna parte. La plata si permite construirse una apariencia. Y si no hay plata, entonces un fusil que da poder y respeto. Ahora plata y fusil es la fórmula perfecta. Una cultura que no se resiste al anonimato, que quiere visibilidad, que busca reconocimiento, la encuentra en la plata y el fusil. Y si a esa visibilidad se le añade el sentido de aventura, de hacer algo, de caminar la vida y abandonar la rutina, mejor aún. Hay que buscar desaburrirse y tener sentido, nuestra herencia ha dicho que con plata y fusil todo llega: conocer, tener poder, enamorar, producir miedo, defender el orgullo, tener dignidad.



[2]

¿cómo nos explicamos?

destino, Dios, brujería, armas, mamás, amores, morales y políticas

Aquí hubo un pelado contra el que yo estuve peleando, era de los paracos, yo de los guerrillos. Y

aquí estaba y fuimos los mejores amigos. Yo digo, ¿cómo es la vida!, tanta rabia que se tiene uno por allá para venir a verse acá, encontrarse uno y después compartir hasta la misma plata. ¿La nena mía? Era paraca. Yo a ratos digo "si allá ella hubiera caído en las manos mías, hubiera pagado". O si yo hubiera caído en las manos de ella, tome. Severo, ¿cómo es la vida!. Y ahora somos novios.

Son igualitos. Guerrilleros o paras. Se parecen. No tienen más diferencia que ser de un lado o de otro. Es más, cuando llegan a los CAE, se enamoran entre sí, conforman grupo de amigos sin importar de donde vienen. No importa el pasado. ¿Alguna vez ha importado el pasado en Colombia? Pero, es que son iguales, hijos de la misma tragedia, los mismos ingenuos, el mismo destino, la misma aburrición. Son todos jóvenes buscando llenar de sentido la vida. Buscadores de nombre y visibilidad. Deseosos de un reconocimiento externo: un fusil, la plata, el amor, la diversión. Somos todos los mismos, somos todos los hijos del destino, Dios, la brujería, las armas, las mamás, las morales y los discursos efectistas.



destino colombia

En un país no responsable de sus acciones, donde cada uno de nosotros somos sujetos pasivos de lo que nos pasa, en el cual nunca tomamos una decisión, es fácil caer en la tendencia de explicarlo todo por que el destino lo quiso así. Hacemos lo que hacemos y no tenemos sentimiento de culpa, a pesar de que nuestra herencia católica nos llena de culpas morales. Nos sentimos libres de responsabilidad, alguien o algo ha tomado las riendas de nuestro devenir: el destino. Somos hijos del destino. Uno no construye su vida, uno anda sigue su destino, esa fuerza mágica que uno no puede ni debe detener. La pobreza, la guerra, la injusticia, la maldad, la derrota, el triunfo, todo pasa porque el destino escrito por una voluntad mayor a la de cada uno lo decidió así. El destino como mecanismo explicativo es brillante en cuanto diluye la incertidumbre: "Nadie conoce el destino, eso

es algo que uno debe de llevar en mente. Nadie conoce el destino". El destino en Colombia es el único discurso que permite explicar lo que a uno le está pasando, uno se piensa desde ese sin saber externo que marca la vida: "son circunstancias del destino".

El destino es el único marco explicativo para poder comprender lo que a uno le puede pasar: "Desde que nací yo todo andaba mal. Mi mamá se murió hace 5 años y a mi papá lo mataron porque él era de las autodefensas". Así, el destino marcó el camino armado de este joven. El destino nos marca el camino: "A lo último ya comencé a trabajar por caminos malos, me salí de donde me crié, ellos siempre andando bien vestidos, con plata siempre, en carro, en moto". Aquí, el destino se viste de pinta, carro y plata. No es nuestra responsabilidad, es cosas del destino. El destino es como la luz en el camino, la estrella de belén que guía nuestros deseos, lo único que nos permite construir un sentido a nuestro devenir: "A mí siempre me gusta ver la noche y siempre veo una estrella grande. Cuando yo estaba por allá, yo siempre la veía. Yo para donde voy, ella siempre me sigue, eso es como que hablo con ella y ella me dice cosas bacanas, incluso yo a veces me pongo a verla y me inspiro. Esa es como la estrella mía, la que me protege". Lo mejor, uno no es responsable, la culpa está en otra parte, es más la responsabilidad no existe, todo se da, ya está libretiado. Esta Colombia puesta en manos de no se sabe quién, siempre está a la espera de que alguien le haga el milagro: los políticos, los guerrilleros, los paramilitares, los narcotraficantes, el fútbol, el reinado, los Estados Unidos.

Si no se creyera tanto en el destino, todo podría cambiar, ya que todo cambia cuando decidimos asumir que tenemos la posibilidad y el potencial de cambiar las cosas: "Por allá decidí que ese no era mi destino, a mí no me interesaba". Sólo basta tener un horizonte de futuro para llegar a construir sentido para la vida: "Sé que la vida es muy dura, pero si uno pone de su parte, no le va a ir mal". Una actitud diferente cambia el destino por otro, se le pone otra energía a la vida y se mete en otra aventura, una que uno produce y decide. Colombia sólo debe cambiar de actitud, asumir el protagonismo de su

historia, decidir que puede construir un futuro posible para todos. "Mi opinión es que si uno llega acá es porque el destino le tiene preparada mejores cosas para el día de mañana, le tiene más sorpresas y no quiere que uno sea lo que era allá, sino sea una mejor persona para bien acá en este país". Entonces, la pregunta es ¿cuál es el destino Colombia? Por ahora, sólo nos explicamos desde ese no se qué.



dios colombia

Bueno, el destino en Colombia es ayudado por el que todo lo puede: Dios. Somos hijos de la religión católica, que nos indica que no debemos preocuparnos, ya el señor nos tiene marcado el camino: "De la vida de uno no disponen, sino primariamente Dios y después tratar de cuidarse. Cuando uno tiene algo destinado, uno no puede detenerlo, porque Dios me tenía destinado para mí muchos castigos". Más allá de si el destino lo escribe Dios, más allá si uno lo sigue o lo pierde, Dios funciona como referente común desde el cual preguntarse: "Yo me preguntaba Dios mío ¿qué hago acá?". Dios es el único ser que lo comprende a uno en sus sufrimientos e ilusiones: "Solamente el amigo mío es Dios. Diosito me acompañó hasta que salí de por allá. Toca confiar en Diosito, porque ¿sí no?". Dios es quien decide hacerlo vivir a uno, para que desde ahí uno aprenda a comprender la vida: "Donde yo estuve fueron experiencias que Dios me puso para que yo conociera, qué era lo bueno, qué era lo malo". Destino, pregunta, amigo, experiencia pero sobre todo Dios es la protección: "Cuando estaba por ahí en mi caleta me despertaba y me ponía a orar, antes de acostarme descargaba mi fusil y me ponía a orar. Siempre clamaba a Dios, porque yo siempre la confianza era en Dios, que cuando yo saliera iba era a servir a Dios". Y es que Dios es muy ventajoso en la guerra, en este sinsentido colombiano, con él nada nos pasa, él nos perdona todo, hasta matar; él nos ayuda, comprende e ilumina, pero sobre todo nos permite diluir nuestra responsabilidad en su perdón, eso es muy cómodo, esa es la comodidad colombiana: "todo lo que he solucio-



nado aquí, cómo decir todo lo que mi vida es, porque yo si he sido malo como hijo, yo he sido más malo que Caín. Ser malo en uno que no confía ni en uno mismo. Yo digo que Dios lo perdona a uno lo que hace porque ya tiene uno diablos encima. Por ejemplo, yo tengo ya mis manos manchadas y eso, y la forma de manchar uno las manos no debe ser en eso porque yo digo que mi Dios deberá perdonarlo a uno en eso". Colombia cree, apuesta y vive a Dios como un alcahueta que le permite a uno tener doble moral, evitar pensar en las consecuencias éticas de sus actos, responder por la vida que lleva. Dios es mejor que el destino, no sólo libretea la vida de uno, sino que a su vez perdona y ayuda a conseguir la ruta del sentido.

Dios está en todas partes, poco en las iglesias, mucho en la televisión y la guerra. La marca "Dios" es la más presente, explotada y consumida en Colombia. En estos momentos Dios es más exitoso que Uribe y Natalia París. Dios sirve para todo, para patrocinar la muerte, para arreglar la vida. Dios es el psiquiatra que nos comprende, nos lee, nos significa. Siempre está ahí. No podemos evadirlo. Tal vez por él, más que por la Iglesia, no hayamos caído en la barbarie y pensemos que Colombia es lo más hermosos del mundo porque Dios está con nosotros. Su mensaje se hace masivo y provee a la colombianidad con mitos, leyendas y fábulas. Su compañía y presencia constante lo han convertido en el guía afectivo y moral de todos. Así mismo, Dios es muy bonito ya que nos hace sentir mejores seres humanos y su compañía nos hace felices; estar cerca de su cielo, nos hace sentir gloriosos. Lo terrible de Dios es que nos vigila, nos controla, nos ve, nos graba y nos juzga en todas partes, es la única norma moral que no podemos escapar; ahí es vital para evitar nuestro desangre total. Sino fuera por Dios ¿cómo nos explicaríamos? O ¿dónde andaría Colombia? No tenemos otra opción que creer en él y tener fe en Colombia-Dios.

Dios es el mejor dispositivo que tienen los guerreros, quienes siempre que no tienen como fundamentar o explicar sus acciones lo invoca como lugar o razón para vivir y existir y ganar y alcanzar el amor. Así mismo, sin

Dios no habría sentimientos de culpa y, por tanto, los colombianos no tendríamos remordimientos ni crisis de conciencia. De otra parte, Dios siempre ha prometido premiar a los buenos y en esa fe, se cree que al final se obtendrá el premio prometido. Dios en Colombia cumple un rol moral, asigna el premio y el castigo, sus leyes sirven de referente de comportamiento y expresa el ideal de que, por lo menos, en el mundo de la religión los buenos sufren, se redimen de sus culpas y ganan. Pobre Dios lo hemos convertido en telenovela y le toca muy duro porque tiene que salvar a los guerreros y a los colombianos en sus momentos de crisis ética. Dios es útil para Colombia en cuanto nos permite tenerlo con nosotros. Él quiere que seamos buenos, habitemos con buenas energías, creamos en el potencial que cada uno tiene para el éxito. Dios disculpa en no tener argumentos, el no pensar, el no hacer el esfuerzo; Dios es todo lo que se necesita en la sociedad colombiana para ser exitoso. Una filosofía de vida "en nombre de Dios" para justificar la mediocridad, una que aspira a llenar el vacío de ideología con estilo y que eleva la bondad ingenua a la categoría de razón para vivir y triunfar. Dura labor la de este Dios, tener que patrocinar y servir de excusa para la ineptitud colombiana que no se da cuenta que ha actuado mal y cree que con invocar a Dios, se salvará.

Dios como discurso le sirve a todos y es evidente en cada entrevista hasta de Carlos Castaño, quien lo nombra como su horizonte; en cada alocución ya que le sirve al presidente de turno para ser investido con una misión guerrera; a los ídolos de farándula y deporte; le es útil a los políticos, pensadores y guerreros de noticiero para crear morales falsas, justificar cantidad de injusticias y tristes maneras de construir la vida; colabora para pregonar morales injustas y verdades que no nos sirven para pensar la vida. En Colombia, Dios aparece en toda parte pero no se le busca, sólo se abusa de su nombre para justificar maneras de actuar, modos de vida y vivencias que de otra manera no tendrían sentido. El concepto que existe de Dios en la realidad nacional es que es el único que puede otorgar verosimilitud a los relatos, como Dios existe todo termina por tener coherencia narrativa, justificación y credibilidad. En todo caso Dios

es muy popular en Colombia, sobre todo en los guerreros, y lo es porque es un producto muy útil para la vida ya que evita que los colombianos asumamos nuestras responsabilidades. “¡Qué sea lo que Dios quiera!” es la filosofía de Colombia.



brujería colombiana

Si el destino anda mal, si Dios no ayuda, los colombianos sabemos que hay otro lugar mágico que nos permite arreglar y explicar nuestro andar por la vida: la brujería. Otra forma de no explicarnos desde nosotros mismos, otra manera de huirle a la propia responsabilidad, otra estrategia de poner el sentido en otra parte. Hay varios estilos de meterle magia a la vida, de encontrar protección rápida que nos proteja de nuestras fragilidades. Una de ellas: “entregarle el alma al diablo. Unas veces se me aparenta en una persona con cacho y cola y todo eso, echando chispas. Otras veces se me aparenta en una gatico, se me sube a la cama y empieza a rañarme, a rañarme, a arañarme y a joderme ¿si ve? Y a buscarme juegos malucos, me muerde y le gusta que yo lo tire para arriba y vuelva y lo pare. Cuando lo tiro para arriba él crece y vuelve y se achiquita. Muy maluco, yo vivo muy aburrida por eso”. Con el diablo adentro, ¿qué responsabilidad tenemos? Así uno va tranquilo, no tiene culpa de lo que hace, uno actúa como medium, es más uno deja de ser sujeto para convertirse en objeto manipulado. Uno elude toda explicación sobre sí mismo, todo tiene sentido en ese otro llamado diablo. Tal vez sea eso, Colombia lleva el diablo por dentro, por eso somos tan como somos.

Pero la brujería también sirve para protegernos, para evitar que a uno le hagan daño, hasta para que no le entren las balas. Eso que no puede hacer Dios ni el destino, eso se puede hacer con la magia que proviene del lado oscuro del mundo: “Soy cruzado. Lo rezan a uno para que no le entren las balas. Y yo salí así de espaldas, cuando sentí fue que me hicieron unos tiros y yo dije, no, no, yo, mejor dicho, me mataron. Y no, no me entra-

ron, ni nada. Yo me quité la camisa y apenas así como cuando uno quema un cigarrillo, que se pone como cafecito”. En Colombia hay que asegurarse, unos lo hacen con guardaespaldas, otros a través de las fuerzas militares, muchos más creen en las fuerzas del más allá. Colombia es un país que requiere fuerzas adicionales para que la protejan, tanto que hasta a Estados Unidos nos hemos encomendado. Así, hemos encontrado modos mágicos para vivir. Bueno, y si nos fallan los modos brujos de habitar el sentido y proteger la vida, hay una manera mejor de sobrevivir: matando. Y para matar, la brujería también sirve, nos hace ser más certeros, más seguros, más directos, más eficaces: “rezar las balas. La vieja dijo ¿nos va a matar? Y nos tocó bendecir un tiro. Bendecido si la matamos de una”.

La brujería también funciona para aumentarle a uno el valor, la capacidad de matar; para ganar sentido sobre lo que se hace, hacerle perder el miedo y actuar con confianza. ¿Cómo? Simple, tomando sangre. “Esa sangre los ponía más duros, ellos como que tomaban sangre y más ganas de matar les daba. Allá acostumbran tomar sangre para que no les dé miedo y que lo hagan sin importar quien sea. Ellos matan a una persona y toman la sangre o se la untan por todo el cuerpo. Lo hacen solamente con el fin de perder el miedo.” Para completar el tratamiento de inmunidad al miedo, para ganar en valentía, Colombia encuentra otra fórmula mágica: La droga. “Los marihuaneros son valientes. Empecé a consumir perico porque cuando lo mandaban a hacer a uno trabajos, me daba miedo, entonces consumía y se me quitaba. Se me quitaba el miedo de una, o sea, me concentraba en lo que iba a hacer y lo hacía hasta bien y chumm”.

Pero ahí no terminan las estrategias infalibles para ser guerreros, aunque ya se sabe como protegerse y como ser más infalibles a la hora del ataque, la brujería también llega para ayudar en el momento en que uno caiga de su destino guerrero al otro destino, prisionero. Uno puede volverse invisible en las fotos para que no lo reconozcan. “Una señora como toda miedosa, como esas brujas, le hacía un poco de maricadas a uno, le decía



que repitiera unas palabras, después lo ponía a tomar agua ... y después yo salí a los pueblos y me tomaba fotos y no quedaba, no quedaba, no me veía en la foto". Y si todavía faltaba más se puede comprar un amuleto, una figura religiosa para que lo protejan a uno: "Cada persona anda como con un amuleto que lo protege". En todo caso para completar el cuadro mágico que nos permite hacer sentido del vacío que habitamos están los fantasmas que reviven gente que uno quiere, culpas que no se han podido ocultar y vienen para asustar: "Yo dormía en medio de seis porque me daba mucho susto. Cuando me volé, vine a la casa, no pude trabajar porque ya empezó a molestar, ya lo veía en las paredes como que si me hablara. Una vez escuché cuando él me llamó. Yo no aguantaba más. Yo estaba desesperadísima. Entonces me vine y lo primero que hice fue buscar un médico tradicional. Entonces, ese señor me curó".

Pero, la brujería no solo sirve para explicarnos como guerreros, como país que mata porque lleva el diablo adentro, como nación a la que no le entran las balas, como sociedad valiente porque toma y se unta sangre y vive en las drogas, como sujetos matones que rezan las balas para ser más efectivos, como identidad que no se revela en la foto, como relato lleno de fantasmas que asustan... la brujería también nos sirve para amar, ser amados y obligar a amar: "por acá la cargo una contra para que no le hagan daño a uno, el Sagrado Corazón y Jesucristo crucificado. Un sabio me la rezó para protegerme de las mujeres. Llevo cinco años con cargarla ahí y no me ha pasado nada, es que la contra es porque hay mujeres que para que uno se trague de ellas le echan las vainas". Colombia se explica, se comprende, produce sentido desde lo mágico, bien sea llamado destino, Dios o brujería. Colombia sólo es posible explicarla desde lo mágico porque no tiene otras razones para matarse. Sólo somos posibles como una nación que se llena de motivos para vivir y matar en un más allá que no podemos comprender. Al final, todo sigue igual porque nada sirve, si no como se podría explicar tanto muerto que hay por ahí. A pesar de estar encomendados a las parcas del destino, los libretos de Dios y las potencialidades de nuestros brujos, seguimos matando al país.



armas colombia

Cuando el destino, ni Dios, ni la brujería ayudan, ni explican, ni asignan sentido, hay que recurrir al poder de un arma. Esa si no perdona, esa si protege, esa si asigna sentido. Los colombianos hemos encontrado que las armas nos han dado la independencia y que las leyes no nos han dado la libertad. Entonces, un arma es todo lo que necesitamos para tener la libertad. Nos explicamos a través de los argumentos de las armas. Somos una nación militar, "ser militar es haber querido las armas desde siempre. Me parece chévere la vida militar. Más si uno está en el ejército porque tiene mayor seguridad, asegura a su familia, uno sabe que el día que me muera le deja uno algo a la familia". Las armas no sólo nos aseguran tener la razón, la verdad, el poder sobre la vida sino que, también, nos asegura que con ellas lograremos hacer nos respetar como sujetos y nos permite dejar herencia para nuestros seres queridos.

Un arma nos da lo que las leyes no nos otorgan. Pero aún más, nos fascinan las armas, nos encanta su poder, nos hacen bellos. "El anhelo era cargar un fusil. Yo no sé, a mí me encantaba ver esos fusiles blanquitos, así bacanos, niquelados. Me gustaba cargarlos. A mí me encantaba verme, con un arma de esas se veía uno como bien. Bacano. Me gustaba chicanear, eso me gustaba. Yo me sentía como feliz, llegar al pueblo como así, a mostrar que uno tiene un fusil y todo". Y el asunto es claro, el poder, la visibilidad, la presencia, el respeto que se obtiene de manera inmediata con un arma, uno se ve hasta bello, digno, visible, enigmáticamente atractivo. "Lo chévere de estar allá es que se tiene el poder en la cintura. Un arma. En mi ambiente, quién tuviera un arma era el rey". No sólo se obtiene una manera bella de estar en el mundo, no sólo se enamora de las armas como estrategia de ser alguien, sino que con ella se obtiene una identidad de malo que inspira miedo y se gana el respeto de los otros: "Uno estando por allá, uno tiene un arma y el hecho de ser malo y tener un arma y sacar y darle a otro, lo respetan". Así se vive en Colombia, bajo

la ley del arma, otra manera de explicarnos y ser alguien en esta cultura del anonimato.

El arma nos explica no sólo como símbolo de poder, respeto y orgullo. Produce sentido en cuanto mata. Y ahí aparece una especie de miedo, de dolor, de pérdida, de sinsentido. “No creo que haya matado, disparé sí pero no creo. No creo que maté. Habrá que preguntarle a chuchito para ver. Yo he querido como mejor echarle tierra a eso. Porque a veces cuando estoy por ahí solo, entonces, se me viene como eso a la cabeza. Eso es como algo nostálgico. Ninguno tiene razones válidas para matar en esta vida, porque todos somos seres humanos y todos merecemos la vida.”. Pero ese sentimiento de que algo no está bien al matar, pronto se pierde si uno recuerda que una arma lo hace a uno valiente, poderoso, Dios. “Me enraboné y maté como a cuatro de ellos. Cuando comencé a matar me volví más cálido todavía y me gustaba la pelea por matar, cogerlos corticos y matar”. Y lo triste, que el arma explica y la muerte deja de tener sentido. La vida pierde su valor, el arma toma la vida y Colombia entera celebra esa costumbre, esa adrenalina que da el poder de matar. “Yo estaba acostumbrado, yo me he aguantado mucho por acá, me dan unas ganas como de matar y acá me han dado ganas. Me cogen un día bien aburrido y me cogen jodido y los mato. Las cosas son así. A mí me dan ganas de matar, tengo hace tiempo que no y acostumbrado a matar, ¿cómo no los voy a matar?.” Bueno, no es que la gente le guste matar, es que se acostumbra porque en este país matar es el paisaje más común y matar es como una deporte, una celebración, un gol. “Yo cuando estaba en el grupo comencé a matar, me amañaba matando, cuando cogía gente así, los infiltrados y eso, mataba 5 o 6 en el día, darle bote y listo. Matar en el grupo es como un deporte”.

La muerte no significa, la vida no vale nada, un arma lo es todo. La ley del arma se impone, defenderse es toda la ideología. En Colombia sobrevivir es un arte, matar es la forma de practicarlo. Pero hay veces que se le busca sentido al matar y lo peor se encuentran motivos que hagan que ese acto gane explicación. El odio y la venganza son suficientes razones para quitar la vida, practicar el deporte

de matar y usar el arma como sinónimo de poder. “Pegarle tres tiros y partirlos si quiere joderlos mas, y para ponerlos a sufrir mas, uno los mata como a una res. Al principio le da uno como vaina”. Pero es que matar con motivo o sin él, por defensa o venganza, por deporte o costumbre, por sobrevivencia o arte, por usar el arma o porque sí, matar se ha convertido en el mecanismo más común como se construye el sentido “más común” en Colombia, espectáculo que vemos como espectadores anestesiados desde nuestra comodidad y privilegio de estar vivos. “Allá es costumbre mirar un muerto todos los días, a diario eso usted encuentra cinco o seis. Como dice el dicho: uno se acostumbra. Eso es como ir a ver jugar balón. Que uno llega y lo miró y listo”.

Este es el país que hemos construido, uno en el que ver muertos es un acto cotidiano. Uno donde el remordimiento no existe. Uno donde la muerte es un símbolo que nos indica que gracias a Dios, el destino, la brujería, estamos vivos. Lo terrible de este acostumbrarse a la muerte es que quien lo práctica, quien se ha habituado a ella, o mejor quien solo se explica desde la acción de matar, comienza a vivir con esa obsesión, con ese hacer sentido en la muerte. “Aunque uno llegue y salga, una persona que ha sido mala, cierto, siempre queda como su gorgojito ahí en la cabeza, siempre queda como su cosita. Yo por lo menos, y a pesar que tengo esta oportunidad, siempre se me vienen ideas por ahí locas. A mí, los recuerdos me dan mucha piedra”. Mientras la muerte es paisaje, matar es deporte y el arma es poder, todo va bien porque el muerto es otro. “Se me salían las lágrimas de pensar que a mí me iban a matar ese día”. Lo que se mata Colombia es el otro, el diferente, el extraño, para defender el yo, el individuo, lo propio. País de individuos, de yos, de sobrevivientes que poco se preguntan por los otros, por lo colectivo. Colombia, la nación donde la ley es sobrevivir, ojalá dignamente, sino como sea, hasta matando.



mamá colombia

Colombia tiene como sujeto de legitimidad a la madre.



Ella representa el objetivo y la meta de todos nuestros ideales. Todo lo hacemos por ella. A ella adoramos. Con ella construimos nuestra norma moral. Por ella justificamos todas nuestras acciones. En ella nos comprendemos y nos explicamos. Una nación donde la madre es el paradigma explicativo perfecto. "Mi ídolo colombiano tal vez sería mi mamá. La más chévere y la más importante es mi mami. Entre las tres cosas más importantes de la vida, la más importante mi mamá". Y es que es nuestro único referente cierto, evidente, siempre presente. La madre es una realidad contundente. Nuestro único sentido asumido. "Yo siempre he dicho, yo primero distinguí a mi mamá que distinguir a un hombre, entre mi mamá y el hombre, yo así lo ame mucho, así sufra, por delante está mi mamá".

La madre es imprescindible porque ella es nuestro lazo de unión, el conector con la memoria y con el futuro. "Yo siempre he tenido el concepto de que mi papá nos ha dado más que mi mamá, pero mi mamá fue la que nos dio todo antes que mi papá, que fue la vida. Póngale cuidado: mi papá no lloró ni cuando la mamá se le murió, ni cuando las hermanas se le han muerto, ni nada y cuando ellos ya se dieron cuenta que estaba en el grupo, ahí sí lloró. Me recuerdo tanto que ahí sí lloró delante de mí. Mi mamá casi se desmaya ese día". La madre es el sentimiento que mueve los corazones colombianos, a ella es a la que se extraña, ella es el referente que no queremos perder antes que el olvido llegue. La madre es la cultura, que es todo eso que queda antes de que el olvido llegue. "Me hacía falta mi mamá. Nunca-nunca me había separado de ella. Ud. cree que uno pasar un diciembre sin ella. Eso para mí era muy terrible". Nada importa, si ella existe, es verosímil la posibilidad de futuro y de sentido para la vida. Ella es la posibilidad y el horizonte, el sentido. "Aunque ella no me quiere y todo, yo reconozco que ella es mi mamá, y yo la quiero, así ella no me quiera, así ella me odie".

No hay sentido más común donde encontrarse con significado que ella, ni lugar de mayor dignidad que su nombre, su memoria, su referencia. "Él llegó y dijo "partida de hijueputas, perras," empezó a tratarnos mal, y yo

me le paré y le dije "sabe qué perro hijueputa, usted no conoce a mi mamá, usted no sabe si es puta o no, entonces sabe que no se meta". Él me quería, porque a pesar de todo, yo me hacia respetar y mi mamá estaba por encima de todo y que bacano que yo no dejara tratar mal a mi mamá de cualquiera". Así es la vida en Colombia, un país que encuentra la posibilidad de comprenderse desde y en la madre. Ella es el sentido de todo: "Yo desde pequeña siempre he tenido un sueño: uno, terminar mi estudio, ser médica y pues, algún día, tener a mi mamá como una reina". Sin madre, no tendríamos como explicarnos. Con ella todo es posible. Colombia ama a su mamá. Colombia es una madre. Y es posible porque la mamá establece la moral de la solidaridad, el compartir y el perdonar como base de su actuar. "La experiencia más linda fue cuando un chico que después de no ser visitado en meses por su mamá, su mamá llega y muy pobremente le lleva una manzana, y el chico parte la manzana por la mitad y me dice: profe, cómase esta media manzana porque la quiero compartir con usted". La mamá representa esa Colombia que comparte, que se encuentra desde lo afectivo, que construye lazo social desde lo sentimental.



amor colombia

Una clave para comprendernos y explicarnos como nación está en lo sentimental, en el querer, en el amor. La mamá y el amor siempre estarán presentes en nuestros modos de hacernos historias. Ni Dios, ni el destino, ni la brujería, ni las armas tendrían sentido sino hubiese un horizonte amoroso para recorrer y una madre que querer. Somos esa nación del exceso sentimental. El país que cuenta encuentra sentido por las redes afectivas que produce. Ellos que han perdido, que han vivido de pérdida en pérdida, encuentran sentido en los amigos y el amor. Y es que ser exitoso en Colombia significa encontrar el amor. En el amor sacamos lo que tenemos adentro como nación sentimental, los temores al engaño, los miedos a construir ilusiones, la evidencia que uno no debe decir lo que siente. Colombia es un país

no puede decir que sí de una para no parecer facilista, una nación donde el no amoroso significa un tal vez o casi un sí. En lo afectivo aparece esa nación coqueta y seductora que tanto encanta y nos encanta. “Eso fue de una vez, le caí bien y me cayó bien, y de una vez, eso fue como tan ligero, tan relámpago. Lo importante es tener a salvo el alma. Es que eso es una película. Él era paramilitar, yo guerrilla, nos encontramos, nos pusimos a conversar. Él me dijo que tal, que más. Él empezó que mamita, que usted es muy linda. Pero a mí me emputa que un hombre me diga eso, “que linda, que mamacita, que tan rica”. Eso es lo peor que puedo ver en un hombre porque es un hombre morbosos, que solo piensan en que tan rico, ¿qué significa rica? Rica para mí significa que está pensando morbosidades con uno. Él me dijo, “qué, nos vamos a cuadrar” y yo “umm, pero este que”. Entonces, yo le dije “déjeme pensarlo”, porque usted sabe que uno no puede decir que sí de una vez, usted sabe que uno de mujer tiene como hacerse la orgullosa, le toca hacerse la difícil, pero yo sabía que eso iba a ser sí. Él empezó que me traía dulces, que me traía bon bon bunes y yo también. Entonces, ya empezamos como a compartir más las cosas. Duramos dos meses, me encariñé hartísimo a él y él a mí. Él me dejó. Fue cuando me decepcionó”. Un amor agrio es colombiano, uno que mezcla bombombunes con ausencias, ternuras de lenguaje con soberbias del orgullo; ni en el amor podemos dejar de ser estratégicos. Así nos explicamos, Colombia es una experiencia amorosa, llena de un lenguaje divertido, que busca seducir entre juegos y olvidos; Colombia es esa posibilidad amorosa de ser alguien en medio de estrategias, lenguajes, detalles y frustraciones.

La relación entre amor y éxito surge de la creencia colombiana que dice que “ser alguien en la vida es tener amor”, mito que proviene tal vez de nuestra alma melodramática ya que somos hijos de la telenovela y la ranchera mejicana; tal vez de nuestro exceso sentimental porque nos partimos en lágrimas de despecho y alcohol; tal vez de nuestra necesidad de afecto porque somos tercos, orgullosos y tan bravos que nos morimos por un abracito; tal vez de nuestro principio de realidad que nos indica que ser millonarios, estudiar, crear una empresa

es misión imposible, en cambio obtener el amor es posible sin importar el estrato ni la educación ni la pinta. El amor es posible, luego el éxito lo puede alcanzar cualquier colombiano sin distinción de raza, credo o dinero. “Uno a veces sueña que está teniendo una relación con una mujer y así. Y que en todo eso. Y uno ya va a tener ¿sí me entiende?... se acaba el sueño, siempre”. Así es nuestra vida un sueño, hasta en el amor, que cuando lo vamos a alcanzar se convierte en pesadilla, así es Colombia, una nación del deseo frustrado porque siempre que creemos que ya vamos a alcanzar la convivencia, nos toca despertar a la realidad de que no es posible, todo es más caótico y hay que buscar desesperadamente con qué comer y con qué soñar. “Yo le decía a ella que me gustaba mucho, mamacita rica, que tesoro lindo, que tal. Haciéndole así vainitas, le escribía carticas... así. Y ahí fue cuando me dañó la vida.”

El cariño verdadero ni se compra ni se vende, se gana con el ser, los sentimientos, las virtudes de cada uno. Esta ley del amor, también, nos indica que nuestra nación sufre y vive para obtener ternura, afecto; que todos nuestros sufrimientos y fracasos se ven recompensados cuando obtenemos quien se preocupe de nosotros. Pero, el amor también nos pierde. ¿Seremos la nación del despecho? Tal vez no, pero de seguro si la sociedad de los miedos, miedo a decir lo que sentimos, miedo a amar, miedo a ser afectivos. “Tenía miedo de enamorarse, le daba miedo ilusionarse con alguien. Me dio un pico. Al otro día amaneció contento conmigo y yo amanecí super feliz, yo creo que yo no dormí. Esa china me quería mucho. Cuando uno quiere en verdad, sinceramente, sí es chévere estar enamorado. Pero vea yo digo una cosa, yo soy una de esas personas que todavía soy muy tímida, todavía, por ejemplo, alguien me está “echando como los carros” y todo eso y yo siento como miedo de decirle que no, o que sí. Todavía siento como ese miedo. A veces, uno siente que está como a la fuerza con la otra persona. Yo siento así. Yo siento como un miedo que me impulsa a decir que sí. No sé. Tal vez porque cuando yo estaba en la guerrilla hubo un muchacho que me dijo que quería “centralizar” conmigo y yo le dije que no. Entonces, me amenazó a matarme. Entonces,



yo toda asustada, yo le dije al compañero mío. Entonces, ahí mismo lo mataron. Yo creo que es de eso". Nos da miedo hasta amar. Tenemos desconfianza hasta de quien nos quiere. El amor, también, se resuelve a tiros. El amor como sinónimo de éxito nos muestra como una cultura sentimental, hija del melodrama y que sólo sabe expresarse desde la pasión, que desde el afecto busca el reconocimiento. "Alguien que cuide de mí, que quiere matarme y se mate por mí", dice una canción en voz de mujer consentida. Eso queremos, somos una nación que quiere que alguien la cuide, que quiera matarse (simbólicamente) y se mate por ella (pero trabajando, creando, conviviendo); por ahora, Colombia es una nación que muere de desamor.



moral colombia

Si ni el destino, ni Dios, ni la brujería, ni las armas, ni la mamá, ni el amor alcanzan a asignarnos sentido, o tal vez si todas estas estrategias nos posibilitan construirlo, en todo caso, en Colombia nos gusta olvidar y diluir la moral, arrinconar las penas, evitar las nostalgias, evadir los remordimientos en el alcohol. "Yo cuando salía de ese grupo me dije, cuando salga al pueblo me voy a meter una emborrachada, que yo no se qué. Me voy a meter una emborrachada y me voy a cansar de bailar. Bailando y tomar, nooo qué dicha. A mi me gusta bailar mucho". El trago y la rumba son los dos lugares emblemáticos donde aparece esa otra Colombia, esa vital que se dice feliz, esa fraterna que es capaz de amar, esa afectuosa que es capaz de sonreír, esa que es capaz de seducir sin sentimientos de culpa. "Yo digo, lo más importante, es que haya música, es como divertido tomar y emborracharse. El 31 como cualquiera de nosotros, los guerrilleros se emborrachan, bailan, hay historias amorosas". Colombia es la patria donde tomamos y jugamos y matamos. Tomar nos pone contentos. Pero los adultos, los civilizados, los buenos creemos que los jóvenes no saben tomar, no tienen la responsabilidad para hacerlo. "La fiesta es riesgosa, porque dan trago, esa es la razón por las que es peligrosa". Nuestra moral está en

otra parte, no en el matar o en la falta de razones sino en asuntos como el tomar. Ahí si aparecen las razones, los límites, los valores que no aparecen con el matar. Gustenos o no, Colombia es una nación que se explica y adquiere sentido en la borrachera, allí somos lindos, tiernos, divinos; allí encontramos la posibilidad de diluir las responsabilidades; allí encontramos al país deseado: el del afecto y el goce.

La moral oficial además de preocuparse por lo borracho que somos, tiene una obsesión enfermiza por lo sexual. Un director moral lo tiene claro: "Nosotros el sexo lo hemos fortalecido bastante. Ha habido varias parejas. Actualmente una pareja de la cual nos sentimos orgullosos, nos pareció bonito que nos hubieran consultado a nosotros que si podían tener sexo, y estamos analizando a nivel nacional y dentro de nuestro período de parte terapéutica, qué inconveniencias hay y cómo lo podemos realizar. Yo estoy de acuerdo que si ellos quieren tener sexo lo hagan, pero de una forma como muy elegante, en el cual yo les decía que yo me comprometo –si realmente podemos llegar a una parte positiva-, yo me comprometo darles la plata para que se vayan a un motel, en una parte donde ellos puedan disfrutar y estar en sus cosas". Hay más saber moral sobre el sexo que sobre la muerte, matar es algo que no se reflexiona, se olvida, lo importante es lo sexual, eso es lo que hay que controlar. Tal vez porque, los buenos saben que allá matan y aquí en la civilidad aman. Entonces, el problema no es matar, la moral colombiana es sexual. "Nosotros si les hablamos de sexo, si les damos conferencias, se les da charlas y eso, pero todo a su digno tiempo". Matar no tiene tiempo, vivir no tiene tiempo, el sexo sí. ¿Algo más moral? Pero a pesar de la moral adulta y oficial, Colombia ama, tiene sexo, tira. "Yo le iba a coger algo y no se dejaba". En cambio, "allá los comandantes llaman a unos putiaderos y que manden viejas al soco, y mandan como unas dos camionadas. Que cojan la que quieran. Yo cogí la más jovencita y la más miedosa. Ella me decía, que lo que pasa es que yo apenas llevo en esto cuatro días por plata. Entonces, la volví mi moza". El sexo está por todas partes, ese pecado lo cometemos a diario y como sea.

La moral colombiana no solo se hace presente en el control de las borracheras y el sexo sino que se hace explícita en lo que justifica todas las barbaries: la plata. "Este tipo de muchachos realmente nunca han aprendido a manejar el dinero". Sin embargo, mientras les imponemos nuestra moral de saber manejar la plata, ellos la tienen clara: "me gusta mucho la plata, es que la plata es muy bonita y eso me hace poner triste a ratos". Y es que la plata se convierte en el fin para obtener la felicidad. La felicidad construida que significa el comprar cosas. Así toda la moral está en tener plata. "Para mí la plata siempre ha sido para comprar mis cosas, para colocarme mis cosas que yo quiero, comprar lo que yo quiero, comer lo que yo quiero, que comprarme un reloj, que comprarme una muda de ropa, que sacar la novia a pasear, que salir a pasear en taxi, andar en taxi así, cómo recreación... voy a la calle a comer empanada con el ají, y de allí chorizos fritos con papa y gaseosa, eso es lo que más me gusta. No me gusta casi lo que es el perro, ni la hamburguesa tampoco. Me gustan las empanadas, las papas, papa frita con chorizo, pollo tampoco casi me gusta, porque pollo me dan mucho en la casa". Los deseos de este país son pocos, una empanada con ají, un reloj, una pinta. Sólo que en Colombia obtener estas felicidades casi es imposible. Si así es la realidad, ¿cómo no comprender que toda la moral cabe en un billete? El asunto es muy simple, tener plata es ser exitoso en Colombia. Y como dicen las mamás, "consígase plata por medios honestos mijo, sino consígase plata". Esa es nuestra moral.

La moral colombiana es estar alegre, contento, gozoso. Por algo somos, la nación subcampeona del mundo en sentirse feliz. A mal tiempo buena cara. "Yo admito que yo estoy muy loco, o sea no en el sentido de que se me corra el shampoo no, sino que me gusta ser alegre y eso es de pronto como mi método, esa es, esa es como mi psicología, a mí me gusta estar contento, joderle la vida a otra persona, hablar, reír, recochar, si tenemos que llorar pues listo, lloramos, yo tengo como otra oportunidad". Así somos, alegres, molestotes, sonrientes. Esa es nuestra moral nacional. Tal vez nos toca, tal vez se una estrategia de supervivencia. Pero sirve.

A uno también le bajan la moral, y yo me siento con baja moral ahorita porque me siento como aburrido, como bravo". La moral en Colombia no es una norma de control ético, tampoco un horizonte de responsabilidad individual o social, mucho menos es un marco explicativo de lo que se hace. La moral en Colombia es tener motivos para seguir luchando, sobrevivir, imaginar futuro. Aquí también, Colombia es una nación de baja moral, no tenemos motivos colectivos para construirnos como nación y vida.



política colombia

"La guerrilla es muy... muy...gonorra". "Yo les tengo mucha rabia a los policías porque es que ellos humillan mucho a los campesinos". "A los paramilitares les tengo como rabia porque ellos matan solamente como por ver matar, por ver caer, por eso". "No, no es porque sean malos, lo que pasa es que los paramilitares odian a la guerrilla, los odian mucho". "Uy, ellos tratan muy mal a las mujeres, eso las tratan como si fueran poquita cosa". "Los paramilitares matan a los campesinos porque ayudan a la guerrilla y les dan de todo". La consigna es: "Ni un paso atrás, liberación o muerte, Ejército de Liberación Nacional. Colombia con los trabajadores. Ni un paso atrás, liberación o muerte". Todos los días los paras cantábamos, "más duro en el entrenamiento y menos sangre en el combate aguerridos patrulleros, con valentía mis guerreros, adelante combatientes". "Yo lo que extraño de allá es la gente, una gente que hay muy amistosa". Esa es la ideología: odios, consignas y nostalgias. Esa es la verdad, la política en Colombia es una manera de socializar, un modo de tener motivos para hacer algo, unas consignas que llenan de orgullo aunque habiten el vacío de sentido, una nostalgia de los afectos, una manera de encontrar amigos. Esa es toda la ideología que nos queda.

Algo queda más allá, sin embargo, en el discurso que pretende llenar ese vacío de significado hay un ideal,



una utopía, una frase. “Yo siempre, siempre llevaba esa ideología, de que siempre peleábamos era por una Colombia diferente. Me la imaginaba con menos politiquería barata, que no robaran tanto al campesino, porque siempre en esto los que chupan es la gente pobre, los campesinos. Me la imagino con menos pobreza, mas empleo, menos corrupción. Que no haya quien mande, nadie, porque si es el presidente roba a la gente, si lo mandan las AUC se dañaría Colombia completa y si lo mandan la guerrilla peor”. Aquí aparece una retórica de político misionero. Un discurso que llena de sentimientos comunes la visión colectiva. Uno casi no puede estar de acuerdo con este discurso, no es del presidente, no es de los políticos, es de una joven que estuvo allá, vivió la guerra y ahora está en la transición hacia el mundo de los buenos, civilizados, corruptos, abusadores.

Las ideologías de cartón, sin embargo, penetran en la forma más no en el contenido, muy en la onda de Colombia, se construye enemistades y proyectos con base en palabras vacías, que justifican la acción demente. “Política es que usted llegue y defina bien lo que es el reglamento, que usted llegue y sepa que es el marxismo y el leninismo. Allá le enseñan a uno como decir la filosofía de Lenin, de Marx, todo eso”. No importa el lado en que nos encontremos, conservadores o liberales, guerrilleros o paras, somos una nación llena de retórica y sentimientos de pertenencia simples. “¿Castaño? Ese man es bacano. Ese man, eso si, es muy malo. Sin embargo, los pelados de los paras lo quieren mucho, eso si no se quieren venir de allá. Yo no me quería venir. Porque nuestra ideología es que nos gustan las arma y nos gusta defender la patria”. Una política del obedecer, una política llena de sinsentidos, una filosofía no construida sino impuesta. Una que se queda en las palabras que ayudan a excluir a los otros, a diferenciarse, justificarse, pero que no significa nada. “Burguesía es la persona que se cree más que cualquiera y que tiene más que los demás y que no le gusta darle a los demás, sino es amigo de él. Burguesía son los que dicen “¡la ver usted hijuetantas, es que le triple ummm!”. Burgués es una palabra”. Pero no sólo de palabras revolucionarias nos llenamos de sentido, sino de valores sin referencia ni horizonte. “Ser honesto

y veraz con uno mismo y con el movimiento; veraz es ser rápido, ser honesto y veraz con el movimiento, abnegado en la lucha y modesto. Modesto es demostrar que usted si quiere el bien para el pueblo. El primer punto de entrenamiento debe ser “sereno, valeroso, reflexivo, respetuoso de los demás y modesto. Siempre la guerrilla ha buscado la igualdad, que no haigan ricos, que tampoco haigan pobres. Es una idea muy buena que siempre ha buscado las FARC, que todas las personas sean iguales como lo son en la guerrilla, allá todo el mundo es igual, allá no es que usted es más y yo soy menos.” La lección bien aprendida, mal practicada.

Se supone que en el monte no se piensa, que están todos idiotizados con la guerra, que la ideología no existe, mucho menos que exista la crítica. Pero no es así, colombiano que se respeta tiene siempre una objeción ante todo, nos define nuestra inconformidad, nuestro sentido crítico. “Hubieron cosas que yo no quedé claro, pero si hubieron cosas que quedé claro porque bueno, si, se luchaba por un poder y el poder era que el país fuera un país revolucionario, se buscaba que la población civil apoyara la revolución, que la población civil donde quiera que llegara el grupo guerrillero lo apoyara, que dijera: ¡qué tan bueno, llegaron los guerrilleros, llegó la guerrilla! Vamos a darle limonada, vamos a darle comida ¿qué necesitan? La idea del guerrillero era conquistar la población civil; decirle qué era las elecciones, decirle la parte política. Aunque yo luchaba por una igualdad no todos lo hacían, porque aunque esa es la ideología, pero obvio que nunca lo hacen, porque yo siempre que hablaba con el comandante de la supuesta igualdad para el pueblo yo le decía “bueno a mí si me gustaría luchar por la igualdad, pero que es igualdad para ustedes” y el me decía “pues que no roben al campesino, que no le saquen mas impuestos, que todo ese cuento”, yo le decía “pero usted lucha por una igualdad y los que mas daño le hacen al pueblo somos nosotros mismos, porque de rabia con el gobierno vamos y dañamos un puente que al gobierno no lo afecta en nada, el que chupa acá es la gente que tiene que parar los carros, que trabajan con carros es parar y quedarse ahí y la gente es la que sufre por el puente y la gente huye a la ciudad y ahí es donde

empiezan a salir los ladrones o a coger viciosos, entonces ahí es donde se empieza a dañar Colombia, ¿entonces? Bueno, hay que tumbar estas torres de la luz, hay que quemar unas tractomulas, hacer unos retenes para coger economía. Eso no me gustó porque era daño para la población civil. A pesar de que yo era del grupo armado, nunca pensé que le iba a hacer daño a la población civil, yo siempre he estimado mucho a la población civil porque ha sido muy importante para Colombia. El civil es el que siempre trabaja, el que lucha, y el sueldo que recibe es el mínimo. Y entonces yo pensé para mí: “No, al civil no se le puede hacer ese daño”. Y entonces pensé y algo que me dijo: ¡váyase! Personalmente si luchaba por una igualdad, aunque no existía, si luchaba por una igualdad”. Los jóvenes se dan cuenta de la hipocresía de la lucha ramada, la critican, la analizan, y se van porque no comparten. Esta valentía analítica está dispersa por Colombia, solo que no sabemos encauzarla. Ahora, en la crítica sale a relucir esa otra Colombia que se cree buena y no responsable de la barbarie. Estos jóvenes sienten que no tenían responsabilidad, que eran sus jefes y los grupos los que producían las injusticias. Actores pasivos que reciben órdenes, borregos de discursos de papel, seguidores de políticas a cambio de pan y vestido. Aquí aparece el síndrome de echar la culpa a otros, yo sí soy bueno, los demás son los malos. Así habitamos esta tierra, todos nos sentimos buenos, patriotas, misioneros del bien, lástima que existan los otros, los otros son los malos, los que no entienden. Una sociedad individualista sin proyecto de colectivo, una sociedad de buenas intenciones individuales, con miedo al otro y sin disenso ni discusión.

Ideologías breves, superficiales; eslóganes que sirven para vivir el día a día pero que no marcan proyecto de vida. Una sociedad sin política. Tan sin motivos y sin argumentos y sin debates que el amor lo puede todo. Una vez alejados de los movimientos, los jóvenes encuentran que todos somos iguales. “Ya las personas van a ser hasta buenos amigos, por lo menos aquí en la casa hay uno que fue de las autodefensas y con ella me la llevo bien, todos nos la llevamos bien”. Es más el amor lo diluye todo, si se ama y por amistad nada importa del pasa-

do. “Él ya no es para. Él no está allá. A mi no me interesa lo que hubiera sido”. Pero sí existen asomos de querer una nación diferente: “Donde estuvieran ayudando a la sociedad, no dejarían que los jóvenes se vincularan al grupo armado porque eso es ayudar a destruirla; se pierde un joven y se martiriza a la familia. Si son misioneros del bien, son unos misioneros mediocres porque salvar a Colombia no es de esa forma. Hay otras formas”. Colombia un país sin política, sin disenso argumentativo, sin pactos de confianza.

En este horizonte lleno de palabras vacías que prometen vida, libertad, emoción y que solo justifican la inequidad, la injusticia y la exclusión, surgen propuestas basadas en la tradición, en la memoria, en otro modo de enfrentar la vida. “Aquí las únicas armas son las que hay cuando pasa el ejercito, la guerrilla... nuestras ramas son la herramienta de trabajo, una pala, un machete, y cuando toca pues toca, un día que nos quieran sacar de aquí a garrote los sacamos, por muy berracos que sean no creo que un man de esos sean capaces de pegarle un tiro a uno desarmado”. Ellos tenían discurso, tradición, pactos colectivos. Ellos supieron defender un proyecto colectivo, ellos enseñan que con organización social, discurso y política, Colombia es una nación factible.



[3] **¿para dónde vamos? de paraísos y desilusiones**

En esta nación sin explicación, sin relato, sin responsabilidad individual, colectiva o institucional es muy difícil el futuro. Ni el destino, ni Dios, ni la brujería, ni las armas, ni las mamás, ni los amores, ni las morales, ni las ideologías, ni las políticas construyen sentido de futuro, ni posibilitan el reconocimiento. Entonces, hay que echar mano de las ilusiones, las promesas, los paraísos de soñar despierto. Los jóvenes llegan con base en una promesa que les construye un paraíso, una nueva vida, un milagro público. “Si colaboran no se les va a ir tan duro ni nada, van a



quedar como si se hubieran entregado voluntarios y van a tener oportunidad de ir a un plan de reinserción. Van a ganar como 12 millones de pesos, van a estar bien en una casa, les van a dar ropa y de todo". Pero como toda promesa en Colombia es sólo otra ficción que va a frustrar de nuevo el espíritu mágico de nuestro devenir, el Estado promete pero no cumple, solo crea una nueva frustración.

Ellos y ellas llegan detrás del paraíso prometido y ¿qué encuentran? "Aquí uno solamente comiendo, hasta metiéndosele malos pensamientos. Uno piensa, se le vienen miles pensamientos, malos y buenos, a la cabeza. En cambio, si uno tuviera un trabajito sería distinto. Por que yo como le he dicho a la doctora, a mi me dan un trabajo, así no sea los trabajos que yo pido, yo me amañó con el trabajo". Pero no hay cama pa ´ tanta gente, menos trabajo para seres peligrosos y mal formados y que solo saben andar el país y luchar por no se sabe qué. Lo más curioso es que la promesa de un país mejor es una traición más, un nuevo engaño. "No ve que aquí no le consiguen a uno nada, solo estudiar. Yo les pedí que me entraran en un concurso de belleza, y nada. Yo no les voy a rogar. Quiero aprender a maquillar, a hacer cosas en las uñas, peinaos, aunque yo sé de peinaos, pero si, yo quiero aprender más ¿si ve?". Los sueños, las ilusiones de los colombianos son simple: estar ocupados, conseguir algo de dinero y listo. Pero este país no tiene oportunidades para hacer realidad el paraíso. La propuesta son los proyectos de interés económico. Le montan una panadería o una tienda pero solo al exitoso, que es el adaptado a la Institución. Allá era el grupo armado, aquí la institución. Ese es todo el mundo. Entonces, construimos una Colombia sin perspectiva, sin horizonte, sin vínculo, sin perspectiva. Tal vez, por eso nuestros conflictos nacen de pequeñeces porque somos una nación provincial, retraída, angosta, estrecha, sin visión. La realidad se convierte en una vivencia de totazos; producimos sujetos sin competencias ciudadanas, ni laborales; sin recursos para intervenir en la vida colectiva. Estamos llenos de jóvenes con talento, que se la juegan, pero que no tienen ni competencias ni discurso para articular su vida colectiva, su lugar en el mundo llamado Colombia. Así Colombia es una nación que engaña, promete y no cumple, ilusiona

pero defrauda. Una nación que ha aprendido a ilusionar como estrategia de sobrevivencia. Así vivimos, cada uno con su sueño de que mañana será mejor. Y, si no, a hacer lo que Dios quiera.

Bueno, pero todo no es así de simple. Los jóvenes llegan y encuentran gente muy buena, que quiere de verdad construir futuros para estos no-destino; profesionales que le meten emoción, contenido, amor, valor y trabajo para lograr una mejor Colombia. Así mismo, existen instituciones que honesta y quijotesca mente le han apostado a este proyecto. Instituciones bien intencionadas, que desde sus saberes quieren construir un colectivo, una nación. "Trabajamos en la prevención a la vinculación al conflicto a través de proyectos culturales (eventos musicales, teatro, rap, emisora y canal de tvé) y de proyectos productivos (tienda y piscicultura)". Aunque todo termina siendo demasiado institucional y voluntarismo de sujetos paternalistas, esa es la manera colombiana de hacer el bien, de colaborar, de pensar en el prójimo. "El proceso central es un poco enamorarlos de la vida civil y de las posibilidades que da el Estado, la democracia y la participación. Eso es lo fundamental". Todo en Colombia se ha convertido en discurso democrático pero en versión católica; la democracia no se construye como una manera de vida, sino como una fe en algo que nos han dicho que es muy bueno, pero de la cual no hemos recibido muchos beneficios. Por algo somos hijos de la religión católica que nos enseña que la solidaridad es dar, compadecer, estar con el otro. "Siempre les he insinuado a todos que nosotros somos una familia, que yo como director soy el papá y que la directora terapéutica es la mamá". Es un asunto de poder, nosotros los buenos, sabemos lo que es bueno y ayudamos para que ellos se conviertan como nosotros, en buenos. Sólo una duda, ¿será que nosotros los buenos somos el modelo de nación que queremos construir? No será que no somos tan buenos porque por algo somos parte de esta nación despedazada, corrupta, malcriada, doble moral, castigadora y exclusoria. ¿Será que no lo somos? Bueno, a la colombiana, siempre los malos son los otros. No tenemos esa capacidad de la autocrítica que nos diga cómo realmente somos y que desenmascare nuestra bondad.

Bueno, estos sujetos honestos que buscan construir futuro han logrado hacer un diagnóstico de cómo son esos colombianos que no son los buenos. “El fusil es la política y el Che Guevara el ídolo. Son jóvenes que se motivan fácilmente, de espíritu alegre, que tiene como horizonte de sentido a la familia y el conseguir dinero, que se han metido en un proceso de desvinculación sin un final claro. No saben para dónde van, creen que el destino se llama gobierno y trabajo. El proceso se sostiene en los procesos de formación, la presencia de las promesas, y el deseo de ser productivos. La regla de oro es mantenerse ocupados. Su vivencia es una montaña rusa de emociones que tiene picos de emoción y futuro y bajonazos de depresión y desespero. Sus maneras de convivir siguen ligadas a la norma, antes el miedo era el consejo de guerra, ahora el manual de convivencia. Lo más estresante pero motivante para los jóvenes es el paso de lo rural a lo urbano. La experiencia no admite la planeación, se habita la novedad, ya que todos están a prueba, asesores, profesores y jóvenes.

Jóvenes solidarios, tanto que no importa los pasados, la ropa se la prestan entre todos, lo de uno es de los otros. La institucionalización de estos jóvenes los va llevando a querer lo de cada uno. De un pasado solitario se socializan en un ideal individual. “Los conflictos aparecen por el dinero, el amor, las promesas incumplidas y el encierro. Y es que hay una contradicción; no están privados de la libertad pero están institucionalizados, que termina significando encierro. A pesar de todos los esfuerzos, el gen colombiano de la independencia es imposible de apagar, el lenguaje se mantiene guerrero, los sentimientos satánicos abundan”. Este perfil construido sobre los jóvenes desvinculados está muy cerca de la descripción de cualquier joven colombiano. No son extraterrestres, no son los guerreros descritos por los medios; son simplemente jóvenes que no le encuentran vuelta a su destino, que vienen de la vivencia abierta de lo rural al encierro urbano, de la ley del arma y la obediencia a la ley del amor y la rebeldía. “Lo más complicado es que vienen con mucha energía y aquí sólo encuentran desahogo en lo afectivo, entonces se asiste a una sexualización muy alta. Chinos que en un mes tienen siete novias porque es su proceso

de sublimación.” Del mal del monte a la moral urbana, de las armas al amor, del matar al amor de-CAE.

Los trabajadores de las diversas instituciones son unos héroes en cuanto conviven y sobreviven a tanta ilusión y frustración en simultáneo. Estos héroes de la convivencia, buscan encontrar el sentido a lo que hacen y muchas veces no lo hallan. “La intención del programa con menores desvinculados es buena, pero aunque las organizaciones que trabajan en esto son buenas, tienen experiencia, tienen personal calificado, todo se está construyendo, se está escribiendo hasta ahora, Nadie hay sabio en esta materia. Eso hace que el proyecto sea novedoso y que tenga dificultades”. Es difícil saber como se trabaja con jóvenes que llegan con un nivel de ansiedad muy alto, que son capturados o se acabaron de entregar y vienen de la entrevista militar, jóvenes con un alto nivel de presión, que se les han volteado todas las cosas. Pero todo es susceptible de empeorar, se dice en Colombia. “Los primeros jóvenes, eran jóvenes rurales, con una disciplina de trabajo y una adaptabilidad al medio muy buena. Baja escolaridad, pero un nivel de respeto a la autoridad, un buen nivel de concertación, altísimo nivel de trabajo, facilidad en el ajuste a los horarios y a las normas, pero en la medida en que el mismo conflicto ha venido inundando las ciudades, se ha nutrido el conflicto de jóvenes con una problemática más complicada. Entonces, ahorita tenemos, por ejemplo, jóvenes que tienen múltiple adicción a psicoactivos, pandilleros, ladrones, asaltantes, que tienen experiencia de calle, que tiene experiencia institucional porque algunos ya han estado en correccionales; jóvenes que son poli-consumidores, jóvenes que tienen experiencias sexuales con niñas y homosexuales. Todos vienen| porque hay una promesa: “Entréguese, que hay diez millones por subsidio y que le van a dar casa y traslado a su familia.” ¡Falso, falso, falso, refalso! No hay eso. Pura “cultura del atajo”, muchos llegan a ganarse un futuro prometido; es un error venderles atajo al momento de la desvinculación; desertan con esa expectativa, eso es muy efectivo a la hora de recoger información, pero aquí hace que todo se vuelva más difícil”. Este es un buen análisis de nuestra guerra, realizado por uno de los que saben por vivencia propia, un educador. Antes era un conflicto



campesino, rural, ingenuo que hoy ha llegado a tocar la tranquilidad urbana y se ha complicado porque ya no solo se es sujeto de revolución sino hijos de la perdición y desajuste del país que hemos construido. ¡Difícil, muy difícil este país! Muy difícil vincular a jóvenes que “han vivido como cuatro, cinco veces más que uno”. El reto en Colombia es hacer que cada uno de sus pobladores se sientan significativos, que puedan crear vínculos afectivos, que se conviertan en sujetos productivos como ciudadanos y como individuos.

Y ahí, surge la otra Colombia, aquella que desde lo cultural intenta convocar, aquella que hace del trabajo un plan de vida. Las actividades culturales y deportivas aparecen como las estrategias más efectivas para que se interesen en su futuro, conozcan sus derechos y deberes. El problema, sin embargo, sigue siendo que estos jóvenes, como la mayoría de los colombianos, están habituados a ser empleados y no tienen una visión empresarial. Somos un país que se ha acostumbrado a vivir de “lo que me quieran dar” los políticos, los gamonales, el Estado, los narcotraficantes, los guerreros; una sociedad que espera que todo le caiga del cielo para poder funcionar. La única camiseta que nos ponemos es la de recibir, somos una nación limosnosa, pedigüeña en todos sus niveles. Nuestra marca es la recibir, no dar.

Los jóvenes, a pesar de todo, reconocen que hay un cambio, que la vida tiene otro sentido, que hay otra búsqueda de significado. “Hay cosas que son como comparables dentro del grupo y aquí en el programa donde estamos, porque en el grupo teníamos un cabecilla, igualmente aquí en el programa también tenemos un cabecilla que es el profesor, el educador. Pero el cambio fue espectacular de yupa a lo civil, porque en el grupo tiene uno que dormir mojado, tiene uno que patrullar de noche, tenía que levantarse tipo dos, una, dos de la mañana, “que bueno, que tenemos que salir, levantasen”. Fue un cambio realmente grande, porque estar en un grupo armado no es como uno estar en la casa, acá hay mucha más tranquilidad, ya uno pasa el rato más tranquilo, más compartido, con más confianza. Acá se conoce más gente, gente buena, gente de buenos sentimientos, personas que le pueden brindar

a uno una gran amistad, que lo pueden valorar, porque es que allá no se valora la gente, es raro el que se valora, allá lo más que se valora es que sea dispuesta para el plomo, bueno fulano es un berraco pal plomo pero no dice cuidemos a fulano o protejamos a sutano”. Así que el futuro viene en mejores vertientes, sobre todo la de la amistad, la de encontrar afectos, la del encuentro. Ahí, está la utopía de la Colombia que se busca, la que construye colectivo con base en lo sentimental.

Los jóvenes quieren lo mínimo para salir adelante. “Uno acá en el programa tiene de todo: la ropa, la comida, la dormida. Pero hay veces que uno se siente aburrido”. Y ese es el problema, los jóvenes quieren el futuro ya, y estar encerrado, no es el futuro. Así también vivimos los colombianos: prisioneros de nuestros miedos. La seducción de la ciudad sigue siendo el mejor relato colombiano, hoy nadie quiere estar en el campo. La guerra en el fondo es una buena manera de alcanzar el sueño urbano. “Me gusta de acá la gente, que no se ve muertos por ahí a cada rato, lo único que no me gusta es que hay mucha mano de lo que llaman ñeros y que las casas son como muy desordenaditas”. He ahí, la ciudad atrae pero expulsa, aquí se nos olvida la miseria de cada uno para comenzar a odiar al otro, el peligroso, el ñero. ¿Será que nuestro destino es andar buscando a quien temer?. Tal vez no, también somos un país que a pesar de vivir en el miedo quiere salir adelante, al menos en el deseo. “Yo quiero salir de acá, que tenga mi trabajo, que no me estén recordando todo lo que ha pasado”. Hay caminos mejores para construir la nación imaginada. ¿Será que tenemos nación en la cabeza?. “Si la guerra no fuese una guerra de armas y de balas, sino una guerra de palabras, el mundo y Colombia sería distinta”. Tal vez sí hay nación, esa que le encuentra valor a la desvinculación. “Me ha ido bien, en el proceso he recuperado muchas cosas que había perdido, la razón de vivir, la esperanza, el reto hacia delante. La mayoría se perdió todo. Yo he tratado de seguir adelante”.

A pesar de la esperanza, se sigue sintiendo una bronca contra esta nación que los produjo guerreros y ahora los signa como desvinculados. “A mí me da mucha rabia, la verdad no sé qué pasa en este mundo conmigo. No en-

tiendo que pasa... como que no quiero a nadie y nadie me quiere a mí." Este es el grito sufriente de los colombianos sin vinculo y abandonados, excluidos de las oportunidades. Así, Colombia seguiría siendo una nación que habita la desconexión, que cuando habla de vinculación, solo se refiere a sacar a los jóvenes de la guerra pero no los vincula a la sociedad. A la cultura colombiana le falta un elemento ordenador, un respeto por la norma, referentes colectivos que le permitan tener sentido. A Colombia le falta discurso colectivo, referentes de proyecto para que los jóvenes no sigan pensando que "hay que volverse malo para que ayuden". Eso es lo que hemos construido: una nación que premia a quien evade la norma, reconoce a quien impone su ley, atiende a los sujetos por fuera del bien colectivo. Por eso será que se sigue pensando que es mejor la guerra que estar en esta sociedad que mira feo. "Hay que seguir en esta chimbada, en este proceso. Yo, hijueputa, si quiero volver a los paracos. ¡Extraño todo! Me gustaban mucho las armas. Uno caminaba, uno conocía ciudades, pueblos, era alguien". Esa es la petición de estos jóvenes y la mayoría de colombianos: Ser alguien, reconocimiento.

Las instituciones actúan como el país, de manera individual y con las mejores intenciones; cada cual con su proyecto de país propio y de acuerdo a sus morales. "A veces pensamos que los chicos no están preparados para salir y que nosotros estamos montando todo un proyecto tenacísimo para poderlos resocializar. Lo cierto es que nunca han salido de la sociedad, ellos han formado parte de la sociedad desde que nacieron hasta ahora. Lo cierto es que ellos han vivido una realidad muy distinta a la nuestra, pero nunca han salido de la sociedad, siempre han sido parte de ella. El asunto es que nuestra sociedad se ha transformado. Los profesionales con su saber institucional y todo su saber académico, clasifica y califica; "chico que procede de una familia monoparental, con violencia intrafamiliar, familia desarticulada". Tal vez todas esas miradas pueden estar muy equivocadas, con todas esas miradas a veces siento que nos quedamos en lo institucional y queremos que el chico se comporte bien, pero, ¿qué es finalmente comportarse bien? Desde que nuestras instituciones no intenten tener miradas distintas, la institucio-

nalización de nuestros chicos seguirá siendo un fracaso". Cada una parece tener en mente un proyecto de país distinto, los jóvenes son vinculados, entonces, a discursos diversos, a Colombia distintas. Este hecho no tiene nada de peligroso, ya que Colombia es diversa y pluricultural. Es más permite aprender de nuestra diversidad cultural, de nuestros modos de resolver conflictos según seamos indígenas, afrocolombianos o pertenecientes a una tradición particular. Pero esa diversidad debe encontrarse en unos mínimos comunes de nación, en unos mínimos referentes de sentido colectivo, en una ética pública.

No existen unos mínimos de ética pública que nos permitan imaginarnos como posible. Sólo habitamos los deseos individuales de ser alguien, de querer apostar y trabajar por un futuro. Pero ese individualismo, esa falta de referencia colectiva nos está matando como nación. Los jóvenes cuando emigran de sí mismos y de su lugar de origen encuentran que no pertenecen a nada, que sólo son un estereotipo, una mancha negra que debe ser excluida de la sociedad de los buenos. "Ustedes me miran, pero sé que en el fondo, me señalan, y me dicen que soy un matón... pero los matones son todos ustedes porque han matado nuestras ilusiones". Dura réplica a nuestra bondad, a nuestra construcción de país. "Yo si pensaba, me daba como cosita retirarme porque yo decía, "¿qué dirán en mi pueblo?, ¿Cómo me van a recibir?". Me daba miedo. Eso me daba como mucho temor. Yo me sentía asustada. Dios mío, ¿yo qué hago? Y sola, yo no sabía qué hacer". Así estos jóvenes no son solo excluidos del universo de las oportunidades, sino que reciben la exclusión infame y pública del símbolo de los buenos. Por ahora solo sueña con tener algo de esa modernidad prometida en la Colombia light, esa hecha de consumo y buena vida, esa que se hace con un país innombrable: "Es que esto es todo lo moderno: mire, está Shakira, está el avión, está la plata". A esa es a la nación que aspiran.

En Colombia hay más futuro cuando el sujeto se encuentra vinculado a comunidades organizadas como la de los indígenas. El apoyo comunitario, el lazo social que funciona como base de memoria y futuro. La organización social con un discurso colectivo como referente ayuda a



construir una mejor posibilidad de vinculación a la sociedad. Colombia debe pasar de ser un país de individuos a una sociedad de comunidades, así encontraremos más motivos, afectos, razones y memorias para vincularnos a un proyecto común. Cuando hay discurso colectivo, las acciones, ese pragmatismo colombiano comienza a tener sentido. La política tradicional, clientelista, gamonalista y de partido tenía su valor en cuanto generaba procesos de vínculo, espacios de encuentro y dinámicas de relación. Nuestra tecnocracia que nos habita, por el contrario, nos sume en acciones individuales que no crean vínculo colectivo. Tal vez, debemos mirar hacia la Colombia que queremos negar, esa que se ve como premoderna y arcaica, antes que seguir en la construcción de una nación eficiente, pragmática y técnica pero sin vínculo social. Al no tener comunidades organizadas, el diálogo y reinstitucionalización de la sociedad va a ser uno con uno. Institución-individual contra sujeto-individuo. Si se quiere y aceptamos aprender de las comunidades indígenas, la solución sería mejorar la producción de sujetos colectivos, de voces colectivas, de discursos de identidad. Por eso el ideal es la construcción de discurso colectivo, comunidades de vínculo, estrategias de encuentro. "Me fui como encarretando en la vaina de la organización... nos fuimos dando cuenta de que por medio de la organización podíamos llegar como a conseguir varias cosas".



[4]

¿Colombia? el significante vacío

¿Colombia? mmm !No sé! Soy colombiano no sé por qué.

¡Ésa pregunta! ¿Qué es ser colombiano? No tengo ni idea.

No sé, es que no tengo ni idea que es ser colombiano.

Nunca me he imaginado Colombia.

Parecería evidente saber qué es Colombia cuando se es

Colombiano. Pero no. No sabemos. Sabemos que habitamos esta nación. Pero, cuando intentamos significar qué hay en ese nombre, no encontramos nada, sólo el vacío. Un significante sin referencia de sentido. Un término que se ha llenado de adjetivos: paisajes divinos y gente linda echada pa ´ lante. Sólo un término es común: un país en guerra, ese "algo" que nos hace ir a hacia nuevos horizontes pero sin saber por qué, ni de dónde venimos, ni en dónde nos hallamos. Aquí surge una reflexión amplia y fuerte, tenemos un nombre pero no sabemos con qué llenarlo, un significante vacío a la espera de ser llenado de relato y sentido. "Lo que determina la vida del ser humano es, en gran medida, el peso de las palabras o el peso de su ausencia. Cuanto más capaz es uno de nombrar lo que vive, más apto será para vivirlo y para transformarlo (...) Cuando carece uno de palabras para pensarse a sí mismo, para expresar su angustia, su coraje, sus esperanzas, no queda más que el lenguaje del cuerpo que grita con todos los síntomas (...) y la traducción en actos violentos"²³. Somos los hijos de una palabra, Colombia, eterno significante sin sentido, símbolo sin referencia, nombre vacío. No sabemos qué significa ser colombianos. No tenemos símbolo pero sí violencias como estrategias expresivas de nuestro ser. Su fragilidad cultural es tal, que cada vez puede ser llenada de nuevos sentidos, nunca permanentes, pocas veces comunes, siempre efímeros. Los colombianos, somos hijos de un vacío de sentido. Hemos heredado un nombre, no un relato de sentido de nación. Sobrevivimos aferrados a la invención de frágiles sentidos de destino.

¿Qué es ser colombiano? "Respuestas ambiguas, generalidades (...) la pertenencia, por nacimiento u adopción. No describe ni define un carácter. A lo sumo señala la pertenencia legal a un país", dice en ensayista y literato Oscar Collazos²⁴. Somos ese país de Shakira, aviones y plata. Una nación imaginada como orgullosa, bella, exuberante, sobreviviente. Somos referencia de un furioso orgullo nacional. La patria que se debe sentir, no existe. Su nombre y símbolos dicen muy poco. Impresiona como este país en sus gentes es incapaz de nombrarse, reconocerse, encontrarse.

23 Petit, Michéle. "Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura". México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

24 Collazos, Oscar. "¿Qué es la colombianidad?". Bogotá: Revista Semana, Agosto 25, 2003, pp. 154-158.

¿Qué es Colombia? Somos diversidad de naciones, una que existe, otra que se vive, una más violenta y una última que se convierte en gente. En voz de jóvenes desvinculados del conflicto, en ese espejo violento y tierno somos un nombre, un territorio, la patria, símbolos, una vergüenza, un no se qué, una confusión, una manada de cosas, una revolución, vivir en guerra, donde se matan, una injusticia, un país tomado, el país de los buenos, las mujeres, los hombres, un orgullo, una vivencia, una que-
rrencia, un futuro.



LA NACIÓN EXISTE nombre, territorio, patria y símbolos

[un nombre]

Colombia es el nombre de una nación, Colombia.

Este es un buen principio nos llamamos, nos nombramos, sabemos la palabra donde habitamos. Por lo menos, la nación colombiana es una palabra y ya ha ganado una virtud: ser nombrada. Este hecho marca la existencia, ya somos, ya tenemos un lugar para la diferencia. Obviamente, no basta con nombrarse, hay que representarse, reconocerse, pensarse, relatarse y visibilizarse. Hemos logrado la primera identificación, el nombre.

[un territorio]

Una unión de personas, de regiones, de paisajes. De lo más noble hasta lo más bravo, para mi Colombia es todas esas montañas que se miran, los nevados, esos lindos ríos que tiene, las ciudades, los departamentos, el campo, las montañas, la riqueza. Todo muy lindo. Colombia es el monte que queda allá para Filo de Hueso ¿Usted no lo ha oído mentar? Por los lados del carriel y la piedra, para los mangos, por ahí, por la Quebrada del Carriel. Cosas que usted no las distingue. Y también, los lenguajes como el caqueteño, el bogotano, el paisa, el indio...

Un territorio para el nombre. Un territorio que nos parece lindo, incomparable ya que no conocemos otros. Nuestro territorio es bello porque es nuestro, en el hemisferio construido nuestros afectos y nostalgias. Hermoso en cuanto nos despierta sensaciones, olores, sonidos, sabores y colores. Un territorio que nos llena de orgullos físicos. Lástima que sea un territorio que no distinguimos, no conocemos, no hemos experimentado. Un orgullo virtual. Nos han dicho que es bello. Lo jóvenes de la violencia si lo pueden afirmar. Ellos lo conocen. Lo han caminado. Es más, hacen parte de esta belleza. Son de ahí, son parte del paisaje. De todas maneras, los colombianos tenemos un territorio que para la mayoría se convierte en otra palabra. Colombia es un territorio, que lleva un nombre y habla de muchas formas. Un territorio hecho de diversidad de paisajes y lenguajes. Una nación que ni en el territorio ni en el hablar alcanza a ser una sino múltiples y diversas. La identificación, y tal vez, la identidad es regional.

[una patria]

A uno se la hacen sentir. Hacían que yo tenía que sentir la patria. La forma de sentirla era dándole plomo a los guerrillos y dándole plomo al ratero que aparece por allí. Así me la hacían sentir. Ahorita, ya la estoy sintiendo por voluntad, que es mi Colombia. Un soldado que le cargaba muchísima rabia a la guerrilla, no sé que la guerrilla le haya hecho, me agarró a mí y dijo: "Miren el ejemplo de Colombia, señoras no vayan a dejar que sus hijos hagan eso, mire lo que les puede pasar".

Un nombre, una patria. El nombre se llena de sentimiento. La patria es algo que uno debe defender. Un sentimiento que se vive. Eso es Colombia, un sentir que se es de aquí, se le quiere y se le lleva en el corazón. No hay preguntas, "la patria se vive, señorita". Sólo que muchos colombianos no la "vivimos", nos la hacen sentir. La guerrilla, los paramilitares, las fuerzas militares, los gobernantes quieren hacernos sentir ese dolor/amor de patria. Los habitantes de la nación se dividen en dos: patriotas para aquellos que defienden por las



armas un ideal nunca conocido ni identificado llamado patria, y antipatriotas para quienes critican y disienten de las patrias armadas. El asunto es que nunca nos han dicho y nunca hemos comprendido que significa vivir esa patria. Colombia es patriota en cuanto se mata para defenderla, eso parece ser lo que queda del discurso armado. Ojalá sobrepasáramos este nivel primario de defensa de lo incomprensible y ganáramos una patria que signifique mas que defensa y armas, donde vivirla signifique ser ciudadano, estar cerca del otro y comprenderlo. Ojalá supiéramos qué es sentir la patria.

[símbolos]

¿Colombia? El himno nacional y la bandera no más. Soy colombiana pero no sé que es ser colombiano. Cuando juega la selección Colombia uuuyyy, ahí si, ahí si me siento colombiana, pero el problema es que no sé que es ser colombiano.

Un nombre, un territorio, una patria, unos símbolos. Así se constituye nación moderna. Existimos. Somos nación. Los jóvenes la identifican. En los símbolos reconocen que nos hacemos nación en un himno nacional y en una bandera. Luego, somos el "oh gloria inmarcesible, oh júbilo inmortal", el amarillo-oro, el azul-aguamar y el rojo-sangre y la selección de fútbol. Símbolos que significan en cuanto nos dan una referencia, no en cuanto hay construyen un relato de largo aliento. ¿Sabemos cómo nos construye el himno nacional? Tenemos idea que es el segundo más bello del mundo; lo cantamos en la escuela, el fútbol y los actos oficiales; lo oímos a las seis de la tarde en la radio; lo vemos guerrero a las 12 de la noche en la tele. Pero, ¿qué dice? Que en "surcos de dolores el bien germina ya", solo nos quedamos con el dolor y poco con el bien; con el "murió en la cruz" y la "virgen los cabellos arranca sus cabellos en su dulce agonía". De la bandera nos gusta la vivacidad de la bandera, la cargamos con fervor de moda en nuestros brazos y aparece ferviente en los partidos de la selección de fútbol. Nunca nos sentimos tan colombianos como con la selección de fútbol, allí está el país vital ese hecho de negritudes y mestizajes,

que un día parece ser el campeón mundial y al día siguiente el peor, peor que despierta en cada colombiano una teoría de como somos, debemos jugar. Frente a la selección podemos imaginarnos un país, solo que son 44 millones de selección. Así somos.



LA NACIÓN SE VIVE

**una vergüenza, un no se qué, una manada de cosas,
una confusión**

[una vergüenza]

Yo no me siento orgullosa de decir que soy colombiana. Nooo, ¡qué pena! ¡qué vergüenza de país!

Dejando a la nación moderna llegamos a la nación vivida. Y ahí, no nos sentimos orgullosos. Caemos en cuenta que hemos construido una Colombia de la cual nos da vergüenza. Esta afirmación de una joven representa el sentimiento generalizado que tenemos de nuestra patria, es una vergüenza. Es imposible estar orgullosos de nuestra barbarie, exclusión social, pobreza, injusticia. No es posible tener orgullo de la forma como hemos habitado este territorio. La vergüenza está en nosotros los humanos, no sobre nuestro territorio. Somos una vergüenza de país, algo que hay que esconder. Tal vez por eso, andamos siempre tan preocupados por la buena imagen de nuestro país en el extranjero, nos da pena de lo que somos y quisiéramos que se le diera mas trascendencia a aquellas pequeñas cosas que nos hacen creer que todavía es posible la Colombia para mostrar. ¿Qué hemos hecho de este país para que a los jóvenes les dé vergüenza del mismo? Que la habitamos seres mezquinos, pusilánimes, envidiosos, arrodillados ante el poderoso e indolentes ante los de abajo.

[un no se qué]

No mano, ¿yo qué digo?. La verdad, yo así pensando-pensando, ¿qué es ser colombiano?... Yo nunca me he puesto como a mirar qué es ser colombiano, nunca me he pensado como co-

lombiano, solo sé que yo nací acá en Colombia, pero... uhmm... simplemente hasta ahorita nada, nada.

Una vergüenza cuando lo pensamos. Pero, pensar país no es algo que nuestra tradición haya propuesto como tema de saber y reflexión. Nunca ha sido tema ni de la escuela, ni de la religión, ni de los medios, ni de la política imaginar un proyecto común, colectivo y que nos construya un mismo horizonte de futuro. Así, pensar Colombia es una materia pendiente, un asunto que debemos comenzar a discutir. Debemos dejar los lugares comunes que nos dicen que somos creativos, nunca nos varamos, tenemos el mejor café del mundo, escribimos la constitución más postmoderna del mundo y comenzar a pensar qué nos junta, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Colombia debe ser pensada en colectivo. No podemos seguir esperando que la selección de fútbol, Shakira y Juan Pablo Montoya nos resuelva nuestra identidad. No podemos seguir siendo un "no se qué". Tenemos que ser.

[una manada de cosas]

Es un sitio, es una gente, es una cantidad de cosas. Yo creo que Colombia es como, como una manada de cosas. Colombia quiere decir unas cosas que ni sé.

Eso somos una manada de cosas: café, esmeraldas, fútbol, cantantes, montañas, mar, llanuras, pandebono, chontaduro, arepas, almojabanas, sancocho, ajiacos, mangostino, guerrilleros, realismo mágico, paramilitares, corruptos... Somos cosas, las cosas llenan de sentido el significante Colombia pero no nos alcanzan para construir una nación. Somos una nación cositera, pero no tenemos proyecto colectivo, no tenemos relato que nos junte. Tal vez cada colombiano tiene una idea propia de lo que somos, lástima que no tengamos un discurso colectivo. Así tenemos que estar de acuerdo con el joven: somos unas cosas que ni sé.

[una confusión]

Colombia es enredada porque digamos estas

guerras que hay no tienen sentido. Colombia es un enredijo que ni yo tampoco, ni yo entiendo, si ve, uno no sabe al fin.

Y si nos ponemos a pensar en qué somos, uno no sabe para donde mirar, no es fácil develar un sentido colectivo. Tal vez, somos una confusión, amasijo, mezclanza, anarquía, caos, maraña, embrollo, desorden, barullo, revoltijo, enredijo. Y si, somos todo eso, tal vez ahí esta la imposibilidad de hacer sentido, reconstruir nuestro relato, intentar nuestra identidad. Tal vez, Colombia sufra de un trastorno de identidad y requiera más que de política, de un psiquiatra que venga a poner orden sobre la confusión a través de un nuevo relato que nos proponga una mejor personalidad, carácter, marca. Tal vez, esto ya se este dando, ya que el Gobierno Uribe trajo a un psiquiatra para ordenar el caos de la convivencia, el Dr. Restrepo, quien explica que Colombia en el 2002 vivía una depresión colectiva y estaba al borde del suicido y que el presidente Uribe aplicó una terapia de choque y emprendió una acción psicológica para levantar la moral de la conciencia colectiva y lo hizo a través de la moral patriótica y al invitar a todo el país a militar en esta acción. Esta es una estrategia, hasta ahora, efectiva para salir de la confusión. El sentido propuesto para llenar el significativo vacío fue derrotar al terrorismo. ¿Será suficiente este sentido para construir la nación y hacer que el significativo Colombia gane sentido de futuro? Por ahora, sí.



LA NACIÓN VIOLENTA

una revolución, una guerra, donde se mata, una injusticia, un país tomado

[una revolución]

No podemos decir que somos un país unido porque no lo es; un país revolucionario tal vez, que le gusta la guerra. Colombia es un país revolucionario, un país en el que cada día el hombre inventa más facilidades para matar.

La sabiduría juvenil habitada en su experiencia de na-



ción es contundente: somos la sociedad donde nos inventamos novedosas maneras de matar. La realidad lo demuestra. Nuestro prestigio crece en este campo. Siempre pensamos que ya tocamos fondo, peor no siempre se puede llegar más bajo. Y tal vez, tenga razón en que somos revolucionarios, ya que no estamos contentos con lo que somos y buscamos desesperadamente un nuevo orden, una nueva vida, nuevos modos de estar juntos. Solo que somos revolucionarios sin misión, sin propuesta, sin horizonte de futuro. Revolucionarios en cuanto habitamos el espíritu de la inconformidad y la rebeldía pero no sabemos encauzar tanta energía rebelde. Somos una revolución diaria, hay muestras evidentes que creamos nuevos sistemas sociales cada día, pero ninguno nos integra a todos, nuestras revoluciones son de carácter individual, cada colombiano es un revolucionario.

[vivir en guerra]

¿Qué es ser colombiano? Ser colombiano es vivir en medio de una guerra, el que no viva en medio de una guerra no es colombiano. Una guerra entre ejército, paramilitares, farianos, helenos, policía. No me acuerdo de haber vivido sin guerra. Siempre ha estado, siempre-siempre. El comandante que nosotros teníamos decía que si uno no era miliciano, ni paraco, ni fariano, que ya lo habían matado. Es que un civil no valía nada, que ahora el que valía era el que tenía el arma en la mano para defenderse y el que no la tuviera que no valía nada.

Verdad contundente: Nunca hemos vivido sin guerra. Somos una nación militar, somos verosímiles gracias a las armas. Tristemente, hay que aceptar que los civiles no contamos, no servimos para esta nación. Para hacerse visible en Colombia no hacen falta ideas, sólo armas. Se reconoce con nombre propio y relato mediático a quien usa armas, al civil solo le queda el papel de espectadores y muchas las consecuencias de la guerra: destrucción, miedos, muerte. No mucho más que decir: Somos una acción militar.

[donde se matan]

¿Colombia puede ser qué? ¿Cómo le digo yo? Colombia un país que lucha sin necesidad, que está luchando por algo que nunca va a hallar porque entre sí mismos se están matando, unos con otros. Colombia lucha por acabarse. El único problema es la violencia que trae el ejército, la guerrilla, los paramilitares, sino existiera eso Colombia sería un país muy hermoso, hermano. Lástima que hay unas personas que no la valoramos, o que no lo sintamos como debe ser.

La lucha significa en cuanto nos ocupa la mente, el cuerpo, el tiempo y el espacio. Pero, ¿para qué? Ni idea. ¿Importa? Estar ocupados, hacer algo es la idea. Somos una nación de gente inaguantable, no nos aguantamos ni a nosotros mismos. Tampoco sabemos por qué nos estamos matando. No tenemos comprensiones, mucho menos explicaciones para el asunto. ¡Así ha sido siempre! De seguro, nos falta vernos, reflejarnos, encontrarnos en relatos de literatura, arte, cine y televisión. Si nos miráramos, de pronto, comenzaríamos a entender por qué dejarnos de matar. Nos han faltado espejos donde mirar nuestra tragedia de muerte sin sentido. Requerimos vernos para reconocernos. O, tal vez, matarnos ha sido la única manera de expresarnos en Colombia. Sólo que, sería mejor, reemplazar las armas por símbolos, los tiros por estrategias de encuentro, la lucha por novedosas maneras de integración. La vinculación social es, también, un asunto de expresión. Tal vez, debamos oír... al otro.

[una injusticia]

Un país muy desigual. Un país muy rico en todas las maneras, tiene lo mejor del paraíso, pero es un país en el que hay mucha desigualdad, mucha guerra, mucha violencia... Hay que evitar un poco más la guerra y preocuparse más por los pobres, la sociedad baja, que ellos son los que sufren más la guerra... y todo por culpa del gobierno.

La más fácil, la más colombiana: Es culpa de... "échame

a mi la culpa de lo que pase" dice la canción del despecho, la de Colombia indica "échale siempre la culpa a alguien, mejor si es al gobierno". El gobierno es el papá, la iglesia es la mamá y nosotros los colombianos todos somos los hijos pasivos que esperamos que vengan a rescatarnos de nuestra pesadilla sin fin. La visión más cierta, la más real, la más compartida: Habitamos la desigualdad, la injusticia, la exclusión. Y aquí si no es culpa de todos-todos, si no de los poco-élite. A las elites nacionales les ha faltado grandeza de nación, proyecto de colectivo. La injusticia es tanta que es increíble que las elites piensen que con una fundación que ayuda "individualmente" a unas comunidades todo está bien. Las elites hacen buenos negocios en Colombia para vivir en Miami, mientras los pobres trabajan en USA para invertir en su barrio. Si las elites tuviesen un mínimo del arraigo que tienen lo sectores populares, invertirían en cerrar la brecha de la exclusión, apoyarían para que la desigualdad fuera menor, trabajarían por un proyecto común de nación. Si seguimos, así como vamos, un día las elites se van a quedar sin país y en Miami no son nadie. Las injusticias son para los sectores populares pero también la nación.

[un país tomado]

Imagínese que si el ejército no hubiera volteado las armas contra el pueblo, todos estarían cuidando las fronteras, pero como no cuidaron fronteras ahoritica se metió Estados Unidos y sigue gobernando a los cuatro títeres esos que manejan acá Colombia. Los envidiosos son los de Estados Unidos porque quiere coger a Colombia y manejarlo como él quiera. Y yo digo, Colombia es Colombia. Colombia no debería dejarse mandar de otro país, sabiendo que Colombia tiene todas las oportunidades, las fuentes de trabajo para por si solo salir adelante. El asunto es que, hay gobiernos que en vez de ayudar a sacar adelante a Colombia, lo perjudican con armas, metiendo mas gente al ejército, eso más se está perjudicando a Colombia. Porque yo digo una cosa, si la guerrilla ataca al ejército, de todas maneras le toca al Ejército

atacar a la guerrilla. Y así mismo hace la guerrilla. Me sentiría orgullosa el día que Colombia verdaderamente esté manejando las riendas del lado de acá.

Colombia es el campeón mundial de la preocupación por el qué pensarán los demás de nosotros. Nuestra obsesión es por qué imagen de nación estamos proyectando. Nuestro dilema, qué irán a pensar si hacemos. Mejor, nos mantenemos vírgenes y pasamos de agache. Pareciese que para saber quiénes somos necesitamos y requerimos la aprobación del ojo extraño. Sólo cuando un colombianólogo lo dice, aquí se cree. Y esto debe ser así, porque somos como nos ven; mejor, somos como nos quieren ver nuestro patrones, nuestros dueños. Somos un país vendido, hipotecado, tomado por los Estados Unidos y España y Europa. Un país arribista que no es capaz de mirar al sur porque vive obnubilado con el norte. Pensamos que cada mañana el presidente de los Estados Unidos se levanta pensando en Colombia. ¡Hasta creídos resultamos! Debemos aterrizar y como dice la periodista española Salud Hernández-Mora, Colombia no le importa a nadie. Un país tomado, solo hace lo que dice la voz de su amo. Cualquier colombiano, también quisiera, como esta joven, sentirse orgulloso "el día que Colombia verdaderamente esté manejando las riendas del lado de acá".



LA NACIÓN HUMANA

mujeres buenas y hombres buenos

[las mujeres]

Colombia lo más lindo que tiene son las mujeres. ¡Muy lindas las mujeres de Colombia! (···) Cuando yo estuve allá las mujeres más bonitas que llegaban eran de los comandantes Y de ahí seguían clasificando: el escolta del comandante iba con la otrica por ahí. Entonces, como se dice, las más feas, las que nadie les paraba bolas porque tenían cualquier cantidad de defectos, de pronto, uno podía llegar y arrimarsele y co-



quetiarla por ahí al escondido. La idea era que todos íbamos a luchar por una causa. Pero uno veía que los comandantes si estaban luchando por su causa personal. (...) La mujer es lo más lindo de Colombia pero los hombres buscan que las mujeres les laven, les trapeen y todas esas cosas. (...) Hay mujeres que si se mueren por los camuflados. (...) Les hicimos una emboscada, matamos la mujer de un comandante. La señora era linda y todo, lástima que estaba andando con ellos. (...) Les tengo rabia, eso si me siento que yo soy machista, porque les tengo rabia a las mujeres delicadas. Uno no puede hacer que las personas sean como uno quiere, pero a mí una mujer que me gusta es por lo duro, lo fuerte.

La única certeza sobre Colombia es acerca de las mujeres: son lindas, son para el sexo, se poseen para demostrar diferencia de estatus, se usan para las labores domésticas, deben ser delicadas y adorar el poder llamado camuflados, carros, plata. Creo que en este imaginario está todo el país masculino y femenino. Colombia es "reino de las mujeres bonitas y de los hombres horribles. Basta comparar dos grupos de jóvenes exitosos: las reinas de Cartagena y la Selección Colombia de fútbol. Son la presentación estadística precisa del país: hay un buen mozo por cada 20 feos y una fea por cada 20 bonitas. Y eso por no mencionar el Congreso de la República: la mayor concentración planetaria de sapos humanoides por metro cuadrado"²⁵. Por fin dos acuerdos nacionales, dos proyectos colectivos: uno, las mujeres colombianas son divinas; dos, somos un país machista.

[los hombres]

Colombia lo que no tiene es hombres. ¿Pa' qué hombres? Yo he tenido dos novios y un compañero. El primero me pagó muy mal, me embarazó, me hizo abortar y luego me abandonó; el segundo, se voló y no sé más de él, y el tercero, pues mírelo aquí, se comporta como un niño. (...) Mi hermana mayor ha tenido como tres

maridos. Uno le salió que completamente le daba pereza, que no le gustaba hacer nada; lo dejó y consiguió otro pero es que ese era muy mala gente, toda la vida la vivía golpeando y tampoco pudieron vivir; ahorita está viviendo con un mudo, un sordo mudo y, también, lo dejó a ese mudo; lo peor, está embarazada de otro man, no sé.

Segunda certeza nacional: los hombres son feos, abandonados, cómodos, niños, perezosos, mala gente, mudos. "No he visto un país con tantos tipos feos, desagradables, flacuchentos, desabridos, toscos, bigotuditos, habladores de fútbol, entecos, contrahechos, borrachos, pobretones, haraganes, raquítics, sosos, incultos, al lado de semejante desfile continuo de mujeres bonitas"²⁶. Otro tres acuerdos nacionales: uno, los hombres colombianos somos feos; dos, somos cómodos; tres, no servimos para nada. ¿Para qué hombres? Para andar dejando hijos regados y para la guerra. ¡Tan valientes!

[el país de los buenos]

Colombia es la gente buena que hay acá porque acá no solamente hay malos. Colombia es toda esa juventud que se está, que se está levantando en buenos caminos, que están estudiando.

Tercer acuerdo nacional: Todos los colombianos somos buenos. Llegados a los colombianos, a la gente bella, linda, buena. A lo mejor de Colombia. Hay que recordar un apunte bastante divulgado sobre nuestras gentes. Dios estaba creando el mundo y llegó por fin al lugar donde iría a quedar Colombia. Y dijo Dios: "ubiquémoslo en la esquina más importante de Latinoamérica, en la esquina estratégica", y su ayudante que hacen aparecer como Pedro (un poco de ignorancia bíblica se acepta en el humor) exclama: ¡!wow!!; Dios dice: "pongámosles dos mares, montañas, valles, llanos, selva, café..." Pedro replica: ¡!! Qué país!!! Dios añade: "que quede la rain forest más grande del mundo, todos los climas y la Sierra Nevada de Santa

25 Abad-Faciolince, Héctor. "El dimorfismo sexual colombiano". Bogotá: Revista Semana, Noviembre 11, 2002, p. 83.

26 Ibidem, p. 83.

Marta...” Pedro, ya molesto, muy humano, le reclama: “Perdón, mi amito, pero no está muy cargado a favor de ese país?” Y Dios afirma: “No, Pedro, no se imagina la clase de gentes que les voy a poner!”. Tal vez sí, a este país se lo llevó no el diablo, sino sus gentes. Pero no la de los grupos armados, sino los “buenos”, los 44 millones de buenos, esos que pedimos que nos respeten, que no hacemos parte del conflicto; esos, los espectadores de las violencias colombianas. Somos nosotros los que nos llevamos este país por delante, porque somos la mayoría, los buenos, los que la hemos robado, la hemos convertido en una tierra de injusticia e inequidad, hemos convertido a la envidia en moral nacional y al arribismo en virus contagioso. Si no lo creemos, veamos el siguiente dato: En un estudio mundial se preguntó “¿Usted cree que la mayoría de las personas trataría de tomar ventaja de usted si tuviera la oportunidad; o cree que trataría de ser equitativa”. Ante esta pregunta Colombia quedó en el primer lugar, 75% respondieron que “tomarían ventaja”. Colombia es el campeón mundial del anticivismo. También fuimos campeones mundiales en insolidaridad con un 88% que respondieron que “sólo piensan en ellos mismos”, sólo 10% tratarían de colaborar²⁷. Lo patético, es que se supone que los países y regiones con mayores niveles de civismo son los más desarrollados económicamente. El civismo, la solidaridad, la confianza en las personas y el respeto por el otro son la clave del progreso, se afirma. Y “eso” por aquí no pegó.



¿QUÉ ES COLOMBIA? orgullo, querencia, vivencia

Dejando la retórica. Abandonando la nación moderna de himnos y fronteras, diluyendo la nación guerrera de muertes y masacres, comprendiendo la nación de buenas mujeres y buenos hombres, al final del día y antes del olvido y previo al futuro sólo nos queda la nación sentimental, la que se siente y vive como propia, la que actúa en la vida diaria, la que se le pega

a uno y no lo desampara; esa que está más allá de nuestro cinismo, crítica, pena, gloria. Esa, la Colombia vital, la que actúa y existe en cada uno. Esa es la que se refleja en estos jóvenes colombianos desvinculados del conflicto pero vinculados a Colombia. ¿Qué es Colombia? Un orgullo, una querencia, una vivencia. Colombia es algo que se le pega a uno y le chupa la sangre.

[un orgullo]

Yo si me siento colombiana. Es un orgullo ser colombiano. Así digan que es pobre, feo, horrible... pero soy colombiana. Yo me siento orgullosa de saber que vivo en este país. Un país hermoso, bonito; tenemos oro, petróleo, diferentes culturas, diferentes ritmos de música, una buena selección de fútbol, tenemos todo.

[una querencia]

Si no estima a Colombia no se siente bien ser colombiano. Estimo a Colombia, aunque Colombia tiene partes débiles, partes brutas. Colombia es muy bruta porque no sabe trabajar lo que tiene. Tiene que empeñarse con Estados Unidos y los demás países para poderse salir adelante. Pero, a Colombia hay que quererla.

[una vivencia]

Soy colombiana, del país donde nací; donde he visto crecer mucha gente; donde he visto, también, morir mucha gente; donde he vivido y he aprendido lo que sé. Nos distinguimos por la forma de hablar, por la forma de ser, por las maneras de tratarse, por las costumbres, por las formas de vestirse. La forma de tratarse de los colombianos es, como le diría, como nigua, o sea bien y mal. Nigua, que por ejemplo, las gentes son lindas y se ayudan de uno a otro, pero luego actúan mal. Por eso digo, son como niguas, significa mitad y mitad, de bueno y malo, a veces es como un bebecito

27 Revista Cambio 16 Colombia #172, Septiembre 30, 1996, p. 41.



todo lindo y a veces es todo malo. Nigua es algo que se le pega a uno y le chupa la sangre.



[5]
el futuro

Hay que ver como se pone el país de aquí en adelante, porque así como va, quién sabe a dónde llegaremos. Ahora las cosas son diferentes porque ahora le están dando muy duro a la guerrilla y yo sé que uno se devuelve por allá y durara por ahí un mes y lo matan, y si me vuelven a coger, ahí si es una cárcel; en este momento hay que aprovechar que soy menor de edad. Ahora estoy muy fortalecido, la verdad me ha ido muy bien, estoy haciendo lo que a mí me gusta. Estos es una experiencia a la vez negativa y positiva: a pues negativa porque de pronto estoy perdiendo algunas costumbres, como levantarme temprano y positiva porque he entendido que con el diálogo uno recibe sus cosas. Muchos jóvenes se van por coger un arma, un fusil, y ¿qué sacan con eso? Solo pedimos: "ayúdennos a que nos perdonen".

Colombia, a partir de los relatos de los jóvenes desvinculados del conflicto, mirado en su historia de exclusión y violencias, debería debatir y proponer nuevas formas de organización social y aprovechar esta oportunidad especial para plantearnos un nuevo pacto social que nos saque de este caos, algo más acorde a nuestra realidad. Realidad plural y diversa, hecha de gente que quiere pero no ha podido. Pacto de confianza donde partamos que el otro no es el culpable de esta vergüenza de país, sino que todos, sobre todo los buenos, somos libretistas y actores de esta tragedia llamada Colombia. Oír al otro, sería ya una revolución:

¿Qué es ser colombiano? Es que lo que pasa es que yo entiendo una cosa y otra cosa es lo que dicen... Yo digo colombiano no es uno haber nacido acá. Para mi tengo entendido ser colombiano, es como

pensar en algún futuro para este país, en querer cambiar a Colombia, pensar en ser alguien en la vida y sacar a mi país, ¿ya?